

François Foronda

De las Cortes de Valladolid a las de Ocaña (1385-1469): el consejo de Jetró a Moisés (Ex. 18, 13-27) o el relato fundacional de un gobierno compartido

[a stampa in *Modelos culturales y pautas sociales al final de la Edad Media: Estado, Iglesia y sociedad*, a cura di P. Boucheron et F. Ruiz Gómez, Ciudad Real, Universidad de Castilla La Mancha, 2008]

© dell'autore – Distribuito in formato digitale da "Reti Medievali"

De las Cortes de Valladolid a las de Ocaña (1385-1469): El consejo de Jetró a Moisés (Ex. 18, 13-27) o el relato fundacional de un gobierno compartido*

[publié dans Patrick Boucheron et Francisco Ruiz Gómez (dir.), *Modelos culturales y pautas sociales al final de la Edad Media: Estado, Iglesia y sociedad*, Ciudad Real, Universidad de Castilla La Mancha, 2008 (sous presse)].

François Foronda
Université Paris I Panthéon-Sorbonne
*Laboratoire de Médiévistique Occidentale de Paris***

Acabando Israel de levantar su campamento a los pies del Sinaí y disponiéndose a negociar su ley con Dios, Moisés recibe la visita de su suegro, Jetró, sacerdote de Madián (*Éxodo* 18, 1-12). Al día siguiente, Jetró ve a su yerno presidir la audiencia desde la mañana hasta la noche. Y ve cómo se agota y agota también a su pueblo, obligándole a venir ante él para escuchar el veredicto de sus juicios. Para aliviar a ambos, Jetró aconseja a Moisés que delegue en otros el cuidado de los asuntos corrientes y que él se ocupe solamente de las cosas importantes. El consejo del suegro agrada al yerno, quien designa a los jueces de Israel (*Éxodo* 18, 13-27), abriendo desde entonces una posibilidad de difusión y de reapropiación de la ley, anterior, incluso, a su fijación¹.

Este pasaje del Éxodo se revela crucial en la Castilla trastámara, a pesar de que no se encuentran muchas referencias al mismo. En efecto, según he podido constatar, el consejo de Jetró a Moisés aparece sólo tres veces en el discurso político castellano, reflejando en cada ocasión un contexto particularmente delicado: el primero, la crisis producida por la derrota militar de Aljubarrota, en el sermón que pronuncia Juan I ante las Cortes de Valladolid de 1385 para la institución del Consejo real (documento 1); el segundo, el conflicto entre los Infantes de Aragón y el partido real encabezado por don Álvaro de Luna, contexto en el que cabe situar el *Libro del regimiento de los señores* (circa 1436-1440) dedicado al privado por su autor, el fraile augustino Juan de Alarcón (documentos 2 y 2 bis); por último, el tercer contexto se refiere a la pacificación del reino tras la guerra civil provocada por el cisma monárquico de 1465, apareciendo en la denuncia que los representantes de las

* Una primera versión de esta comunicación fue presentada el 27 de febrero de 2004 en un seminario del Grupo de Estudios sobre la Edad Media Hispánica (FRAMESPA, equipo 4, Universidad de Toulouse-Le Mirail, «Afirmación, integración, disensión: la mecánica del cuerpo social en la Península Ibérica en la Edad Media»). Tengo que agradecer vivamente a sus organizadores y sus participantes por sus observaciones y sugerencias, en particular a Daniel Baloup, Amaia Arizaleta y Martine Charageat. Por último, este artículo se integra en el proyecto de investigación dirigido por José Manuel Nieto Soria («La monarquía como conflicto en la corona castellano-leonesa (1230-1504)», n° BHA2002-03388), al que he estado asociado en calidad de investigador contratado de la Universidad Complutense de Madrid en 2004-2005 (primer programa Juan de la Cierva), así como a los trabajos realizados en el marco del Grupo Consolidado de Investigación UCM n° 930369: «Sociedad, poder y cultura en la Corona de Castilla, siglos XIII al XVI».

** Traducción de M^a José Lop Otín.

¹ François OST, «Le Sinaï ou la loi négociée», en su libro *Raconter la loi. Aux sources de l'imaginaire juridique*, París, 2004, p. 68.

ciudades dirigen en forma de sermón a Enrique IV en las Cortes de Ocaña de 1469 (documento 3).

Una misma cuestión se plantea en realidad en cada uno de esos contextos: la forma que debe tomar el gobierno real y quién está llamado a ejercerlo junto al rey, o incluso en su lugar. Y debe constatar en esta línea que el consejo de Jetró a Moisés expresa de manera paroxística la realidad de un régimen político en el que la *privanza*, es decir, esa relación de gobierno basada en el favor, permite que el gobierno del rey sea asumido por las élites del reino, sin poner en duda la superioridad soberana del guía². Es a esta integración gubernamental, que produce en los siglos XIV y XV el desbordamiento de la compañía regia, hasta llegar a una sociedad política, a la que nos da acceso el surgir y el resurgir de este fragmento de teología política, desde su hallazgo en 1385 hasta su recuperación en 1469, pasando por su explicitación a fines de los años 1430.

La invención

La primera cuestión que se puede plantear es saber porqué la Cancillería real inventa el consejo de Jetró en 1385. En primer lugar, aunque puede ser un poco trivial recordarlo, porque la Cancillería se encuentra de nuevo en condiciones de hacerlo en esa fecha. En efecto, preocupado por superar la ruptura que él mismo ha provocado con su revuelta, después de matar a su hermano, Enrique de Trastámara procura reconstruir y reforzar el aparato del Estado, especialmente la Cancillería, probablemente a partir de las Cortes de Toro de 1369, aunque la ordenanza de su reforma data de 1371, año en que es también instituida la Audiencia³. Es precisamente con esta ordenanza de 1371 con la que vemos a la cancillería hablar con un tono nuevo de la justicia, esa misión regia por antonomasia, deshechando por tanto el protocolo petrista de 1351, que se había mantenido prácticamente idéntico en 1369, sin duda por la urgencia de la victoria⁴. Así pues, en 1385, la Cancillería apenas lleva unos diez años mostrándose capaz de emitir nuevos enunciados.

² Me permito remitir a mi memoria de tesis de doctorado *La privanza ou la régime de la faveur. Autorité monarchique et puissance aristocratique en Castille (XIII^e-XV^e siècle)*, Universidad Paris I Panthéon-Sorbonne, 2003 (inédita); así como a mi capítulo «La privanza, entre monarquía y nobleza», en José Manuel NIETO SORIA (dir.), *La monarquía como conflicto en la corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*, Madrid, 2006, pp. 73-132.

³ Sobre la Cancillería regia y su actividad en el curso del reinado de Enrique II, ver más particularmente Lope PASCUAL MARTÍNEZ, «La Cancillería de Enrique II de Castilla», *Miscelánea Medieval Murciana* (1973), pp. 175-202; sobre este periodo, ver María Isabel OSTOLAZA ELIZONDO, «La cancillería como arma política en la lucha por el trono: algunos ejemplos de la guerra civil entre Pedro I y Enrique de Trastámara», en *Strenae Emmanuelae Marrero Oblatae*, La Laguna, 1993, pp. 201-207; y María Pilar RÁBADE OBRADÓ, «Simbología y propaganda política en los formularios cancellescos de Enrique II de Castilla», *En la España Medieval*, 18 (1995), pp. 223-240.

⁴ «En el nombre de Dios sea Amen. Sepan quantos este quaderno vieren commo yo don Pedro por la gracia de Dios Rey de Castiella [...] porque en estas Cortes que yo agora fiz en Valladolid [...] me fezieron peticiones generales que cunplian a toda la mi tierra; e porque los rreys e los príncipes bien e rregnan por la justiciã en la qual son tenudos de mantener e gouernar los sus pueblos e la deuen cunplir e guardar sennalada miente entre todas las otras cosas queles Dios encomendó por el estado e lugar que del han en la tierra; e porque me fezieron entender que en los tienpos passados sse menguó en algunas maneras la mi justiciã, et los malos, que non temieron nin temen a Dios, tomaron enesto esfuerço e atreuimiento de mal fazer; por ende queriendo e cobdiçando mantener los mis pueblos en derecho e conplir la justiciã commo deuo, por quelos malos sean rrefrenados delas sus maldades e ayan por ellas pena la que merescen, e adelante non tomen osadia de mal fazer, e los buenos biuan en paz e ssean guardados; por esto e por fazer merçed alos dela mi tierra [...]» (Valladolid, 1351, *Cortes*

Si ello ocurre es porque los Trastámara procuran poblarla con personal competente, recurriendo para ello, al menos en un primer momento, a esa reserva de servidores del Estado listos para actuar que es la Iglesia⁵. Su saber hacer se deja ver plenamente durante la revolución trastámara que lleva al poder a una nobleza segundona y renovada, sobre todo en las concesiones de mercedes y en los nombramientos de oficios⁶. En particular, se observa a partir del mes de agosto de 1379, cuando se confirma la ruptura de la norma protocolaria hasta entonces vigente⁷. Así, el protocolo del privilegio rodado por el que se hace donación del

de los antiguos reinos de León y de Castilla [en adelante indicado CLC], Madrid, 1863 [1861, 1866 y 1882 para los t. I, III y IV también utilizados en este estudio], t. II, pp. 1-2); «En el nombre de Dios Padre e Hijo e Espíritu Santo que son tres personas e vn solo Dios verdadero: Sepan quantos esta carta vieren como nos don Enrrique [...] porque eneste ayuntamiento que nos agora fizimos en Toro [...] fue dicho e querellado que enla nuestra casa e enlos nuestros regnos que se non cunplia la justiciã commo devia [...]. Et por quelos reyes biuen e rregnan por la justiciã, en la qual son tenudos de mantener e guardar los sus pueblos, e sennalada mente entre todas las otras cosas queles Dios encomendó la deuen guardar, por el estado e lugar que del tiene en la tierra; nos queriendo e codiciando mantener los nuestros pueblos en derecho e cunplir la justiciã como deue, por quelos malos sean rrefrenados delas sus maldades, que ayan por ellas pena la que merescieren e adelante non tomen osadia de mal fazer, e los pueblos biuan en paz e sean guardados; otrosy queriendo e codiciando poner rremedio e proueimiento convenible, con ayuda del nuestro Sennor Dios, sobre todo lo dicho; tenemos por bien de fazer este ordenamiento que se sigue» (Toro, 1369, *ibid.*, pp. 164-165); «En el nombre de Dios Padre e Hijo e Espíritu Santo, que son tres Personas et vn Dios verdadero. Por que segunt se falla asi por el derecho natural commo por la santa escriptura, la justiciã es la noble et alta uirtud del mundo, ca por ella se rrigen et se mantienen los pueblos en paz et en concordia; et porque espeçial miente la guarda et el mantenimiento e la esecucion della fue encomendada por Dios a los rreyes en este mundo, por lo qual son muy tenudos dela amar et guardar; ca segunt dize la santa Escripura bienauenturados son los que aman et fazen justiciã en todo tienpo, et Dios aluengales la vida; por ende nos don Enrrique...» (Toro, 1371, *ibid.*, pp. 188-189). La referencia a la ley natural en este último caso puede estar vinculada a las consideraciones del *De regimine principum* de Egidio Romano, en la versión castellana y glosada redactada, según la tradición, por fray Juan de Castrojeriz, entre 1341 y 1344, a petición del obispo don Bernabé de Osma y para servir a la educación de Pedro el Cruel (María Jesús Díez GARRETAS y Fernando SAIZ CERRADA, «Glosa castellana al “regimiento de príncipes”», en Carlos ALVAR y José Manuel LUCÍA MEGÍAS (dirs.), *Diccionario filológico de literatura medieval española. Textos y transmisión*, Madrid, 2002, pp. 584-592; María Jesús Díez GARRETAS, «Juan García de Castrojeriz ¿Traductor de Egidio Romano?», en Carlos M. REGLERO DE LA FUENTE (coord.), *Poder y sociedad en la Baja Edad Media Hispánica. Estudios en homenaje al profesor Luis Vicente Díaz Martín*, Valladolid, 2002, t. I, pp. 133-141). En efecto, en el capítulo XXIX de la tercera parte, sobre el gobierno del reino, Egidio Romano aborda la cuestión de la ley natural y positiva, para colocar al rey en posición intermedia entre estas dos leyes. Ahora bien, la ley positiva que él establece a partir de esta posición media inspirada por Aristóteles, no debe ser más que una traducción de la ley natural. La posición intermedia indica también la inferioridad del rey en relación con la ley natural, su superioridad con relación a la ley positiva (*Glosa Castellana al “Regimiento de Príncipes” de Egidio Romano*, Juan BENEYTO PÉREZ ed. Madrid, 1947, vol. III, pp. 243-246). Para un ejemplo del empleo de las consideraciones tomistas sobre la ley en un discurso político, ver Jean-Paul BOYER, «Une théologie du droit. Les sermons juridiques du roi Robert de Naples et de Barthélemy de Capoue», en Françoise AUTRAND, Claude GAUVARD y Jean-Marie MOEGLIN (eds.), *Saint-Denis et la royauté. Études offertes à Bernard Guenée*, París, 1999, pp. 647-659).

⁵ José Manuel NIETO SORIA, *Iglesia y génesis del Estado moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, 1994, pp. 165-171.

⁶ Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Monarquía hispana y revolución trastámara*, Madrid, 1994; María Concepción QUINTANILLA RASO, «La renovación nobiliaria en la Castilla bajomedieval. Entre el debate y la propuesta», en *La Nobleza Peninsular en la Edad Media. VI Congreso de Estudios Medievales*, León, 1999, pp. 255-295.

⁷ Esta norma protocolaria se contenta con recordar el privilegio de merced que posee el rey y las condiciones en las que puede usarlo, de acuerdo con un modelo formulario que data probablemente del reinado de Fernando IV (ver por ejemplo el privilegio concedido al arzobispo de Toledo y al Cabildo en 1302, inserto en su confirmación el 24 de mayo de 1352 [Luis Vicente DÍAZ MARTÍN, *Colección Documental de Pedro I de Castilla (1350-1369)*, vol. III: 1352-1359, Valladolid, 1997,

señorío de Melgar a Pedro Fernández Cabeza de Vaca se transforma en un pequeño sermón sobre la lealtad, un valor que los Trastámara quieren recuperar por la gracia, después de haberlo quebrantado con su propia traición⁸. En 1382, en la carta de nombramiento como condestable del Infante Pedro de Aragón, un nuevo *accessus* trata de las virtudes que debería tener el más grande de los oficiales del rey⁹. Después

documento n° 714, pp. 54-55], o el empleo de la misma formula en el cuaderno de Cortes de 1305 [Medina del Campo, 1305, CLC, I, pp. 172-174], y que parece no ser más que una variación de las disposiciones de las *Partidas* en las que se indica «comme el Rey se debe trabajar de conosçer los omnes» («Saber conosçer los omnes es una de las cosas de que el Rey mas se debe trabajar, ca pues con ellos a de fazer todos sus fechos, grant menester le es que los conosca bien. E esta conosçençia a de ser en tres maneras; la primera de que linaje viene, la segunda de que costunbres e de que maneras son, la terçera que fechos fizieron; ca sy esto non sopiere, non sabra çierta mente en qual guysa a de fazer vida entre ellos, nin a quales a de onrrar e de fazer bien, o de quales se a de guardar» [*Partidas* II.5.17, la edición de referencia para este estudio siendo la *Partida segunda de Alfonso X el Sabio. Manuscrito 12.794 de la B. N.*, Aurora JUAREZ BLANQUER y Antonio FLORES eds., Granada, 1991]). Este modelo formulario basado en las *Partidas* es retomado por los Trastámara, como testimonian por ejemplo, a principios de agosto de 1379, los protocolos de los privilegios rodados concedidos a Alfonso Fernández (12 de agosto de 1379, Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Historia del reinado de Juan I de Castilla*, t. II: *registro documental (1371-1383)*, Madrid, 1982, documento n° 44, pp. 49-53) o a Pedro Fernández de Velasco (12 de agosto de 1379, *ibid*, documento n° 50, pp. 56-59).

⁸ «Porque la lealtad es mas noble e alta virtud que puede ser en el ome porque por ella es poblado e se mantiene el mundo, de la qual plaze a Dios e a los reyes e a los otros señores con quien los omes an de bevir. E esta lealtad es siempre pedricada por los theologos que asi como an de ser los omes leales a Dios e a su rey e a su señor non teniendo el coraçon en otro señor alguno, son para sienpre bienaventurados ellos e los del su linaje, e Dios dales por ello buen gualardon, e los reyes e los señores que son tenudos e adebdados por ellos de les fazer merçet e grandes en las migajas. E porque esta lealtad es muy provechosa e convenible a Dios e al mantenimiento del mundo, e aun Dios, que todas las cosas pudo non quiso que el omne fuese gobernado nin mantenido sin ella. E esta es una de las que El començo e fio de los reyes como a sus justiçias que tienen su lugar en este mundo, e aun los derechos mayor ruega pusieron en escarmentar a los que fuesen contra la lealtad que contra otro yerro alguno, porque si esta lealtad peresçiese ome a ome non obedesçeria porque non seria seguro uno de otro e non seria en los omes ninguno vençido nin menos provado, otrosi ninguno non podria aprovechar a si solo, e por ende el ayuntamiento de los omes e el poblamiento del mundo paresçeria en las cosas que Dios crio seria nada. E por ende la lealtad pujo sobre todas las cosas del mundo e las faze mantener cada una en su estado quel pertenesçe, por lo qual cada uno plaze a Dios e a su rey e a su señor e esta atenido de guardar cada uno a su señor asi como la vista de los oios. E en esta lealtad non cae trabaio sin gualardon e los ojos del leal son muy seguros en la su fuente, non an menester cobertura. E esta es muy segura en la puridad e muy plazentera en lo manifiesto e muy alegre entre los amigos e muy noble entre los enemigos e de todos es pagada e aun a los que pesa della es alabada e fuelga con segurança e afirmase con grandeza toda pública, toda deseosa, toda aprovechosa es fallada entre todas las partidas del mundo. E porque pertenesçe al estado de los reyes e a la su realeza de ennobleçer e onrrar el previlleio a los sus vasallos que bien e lealmente le sirven, en heredandolos en sus regnos, por ende queremos que sepan los que agora son o serán de aquí adelante como nos don Iohan, etc» (Privilegio rodado del 20 de agosto de 1379, Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Historia del reinado de Juan I de Castilla*, t. II, ob. cit., documento n° 56, pp. 61-62). La donación del rey confirma la adhesión de un linaje de antaño cercano a don Juan Alfonso de Alburquerque, a principios de los años 1350, y todavía vinculado a Pedro el Cruel en 1368 (Luis Vicente DÍAZ MARTÍN, *Los oficiales de Pedro I de Castilla*, Valladolid, 1987, pp. 33-34 y 80).

⁹ «En el nombre de Dios sea amen. Como nos don Juan, por la gracia de Dios rey de Castilla, como mui noble cosa e grande sea e buena que los reyes e grandes príncipes del mundo se esfuerzen de ennoblecer los sus regnos, e esto deven fazer por todas aquellas vias e maneras que entiendan que son servicio de Dios e suio e pro e honrra de los sus rgenos, e como los reyes de Castilla nuestros antecesores onde nos venimos, se haian siempre esforzado de ennoblesecer los reynos de Castiella, donde nos agora somos rey e señor, tanto e mas que ningunos reyes que haian seido en el mundo. E nos, queriendo con la voluntad de Dios seguir esto que los sobredichos antecesores han fecho e aun acrecentar y mas de todo nuestro poderio. E una de las cosas necesarias para todo buen regimiento que en los regnos del mundo puedan ser es aver grandes é buenos oficiales, los quales sean cuerdos, é esforzados é leales, é verdaderos, é que amen la justicia: ca por el buen seso conocerán las buenas

de un compendio doctrinal -probablemente inspirado por *Alvarus decretorum doctor*, cuya firma acompaña a la del rey¹⁰- Juan I afirma que su deseo es que Castilla, al igual que los otros reinos cristianos que disponen ya de este oficio -los *regnos grandes e señalados*- pueda hacer frente a las grandes guerras que le enfrentaban con sus enemigos, el rey de Portugal y los ingleses. El oficio de condestable francés y la popularidad de un Du Guesclin en Castilla han podido influir en esta innovación institucional, aunque manifiesta sobre todo el agotamiento técnico del oficio de alfez -el primero de los oficiales *de fuera*¹¹- convertido prácticamente en honorífico¹². En cualquier caso, una misión parece haber sido asignada al personal de la Cancillería regia, sobre todo a partir del reinado de Juan I: inventar un discurso destinado a legitimar y vivificar un poder todavía naciente¹³. Alrededor de la Cancillería, probablemente en estrecha relación con sus miembros, otros se encargan también de esta tarea. Es el caso en particular de Pedro López de Ayala quien, en su crónica conjunta de los reinados de Pedro el Cruel y Enrique II, traza la historia de una Castilla que los Trastámara liberan del miedo, haciéndola salir de la sumisión en que la mantenía un tirano de modales un tanto orientales, que rodeaban algunos privados malvados, cuando no asesinos¹⁴. De suerte que, desde el inicio, en razón de esta liberación -que, por otra parte, recuerda la de Israel- una pesada hipoteca política pesa sobre los Trastámara: la obligación de cumplir con su promesa de buen gobierno, es decir, abierto y reglado, por la cual han obtenido el consentimiento del reino para ejercer el poder.

Una cancillería reconstruida, poblada de doctos profesionales, encargada de producir el discurso político de un nuevo curso gubernativo, tales son en suma las

cosas que deben facer, e arredrarse han de las malas; é por el buen esfuerço defenderán, é guardarán é acometerán lo que su Rey é su Señor les mandará é toda otra cosa de que toviere carga é les fuere mandada é encomendada; é por la lealtad é la verdad aconsejarán bien á su Rey é su Señor cosas buenas é justas, é las que debe facer; é si aman la justicia, amarán sus almas, é non serán vanderos, é querrán que cada uno aya su derecho: ca la justicia es la cosa que mas face regnar los Reyes á placer de Dios, é honra de ellos, é á pro é bien é poblamiento de sus Regnos. E como nos habíamos sabido que en todos los demás regnos del mundo de christianos e maiormente en los regnos grandes e señalados aya conestable, e qual ofiço de conestable es propiamente ordenado para los fechos de las guerras e de las armas, nos, veyendo las grandes guerras en que nos agora somos con el rey de Portugal e con los yngleses nuestros enemigos, e agora haíamos ayuntado todo nuestro poder para entrar en el reyno de Portugal para ir a pelear con los sobredichos rey de Portugal e yngleses, nuestros enemigos, e fiamos en la merçed de Dios nos dará en este fecho venganza de los dichos enemigos» (Carta del 6 de julio de 1382, Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Historia del reinado de Juan I de Castilla*, t. II, ob. cit., documento n° 307, pp. 444-446).

¹⁰ Es obispo de Zamora desde 1377 y consejero del rey desde 1381 (José Manuel NIETO SORIA, *Iglesia y génesis del Estado moderno*, ob. cit., pp. 292 y 424).

¹¹ La distinción entre el servicio *de dentro* y el servicio *de fuera* remite a las disposiciones de Alfonso X sobre los oficiales del rey (*Partidas* II.9).

¹² Sobre el oficio del Condestable, ver Manuel TORRES LÓPEZ, «Los condestables de Castilla en la Edad Media», *Anuario de Historia del Derecho*, 41 (1971), pp. 51-112; Yolanda GUERRERO NAVARRETE, *Proceso y sentencia de Ruy López Dávalos, condestable de Castilla*, Jaén, 1982, pp. 11-13; José Manuel CALDERÓN ORTEGA, *Álvaro de Luna: riqueza y poder en la Castilla del siglo XV*, Madrid, 1998, vol. I, pp. 107-111; Jaime de SALAZAR Y ACHA, *La casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*, Madrid, 2000, pp. 215-217.

¹³ De hecho, el reinado de Juan I se caracteriza por emplear por primera vez la fórmula del «*poderío real absoluto*» llamada, más tarde, a ser un verdadero concepto jurídico-político (Salustiano DE DIOS, *Gracia, merced y patronazgo real. La Cámara de Castilla entre 1474-1530*, Madrid, 1993, pp. 71-72; José Manuel NIETO SORIA, «El “poderío real absoluto” de Olmedo (1445) a Ocaña (1469): la monarquía como conflicto», *En la España Medieval*, 21 (1998), pp. 165-169).

¹⁴ Sobre esta crónica de Pedro López de Ayala, véase la síntesis reciente de Fernando GÓMEZ REDONDO, *Historia de la prosa medieval castellana*, t. II: *El desarrollo de los géneros. La ficción caballeresca y el orden religioso*, Madrid, 1999, pp. 1.789-1.808.

condiciones principales de la invención del consejo de Jetró a Moisés. Falta, sin embargo, un elemento esencial para comprender porqué precisamente en 1385 la Cancillería inventa dicho consejo, a los quince años de la ruptura de 1369. La explicación, más bien el detonante, lo constituyen las circunstancias, o sea la derrota militar de Aljubarrota contra Portugal. La crisis política que provoca es la primera gran crisis desde la instalación de los Trastámara en el trono. Y para resolverla, Juan I consiente en reglar una práctica hasta entonces informal, instituyendo el Consejo¹⁵. Se ha discutido mucho si los modelos extranjeros -aragonés o francés- pudieron inspirar su creación en 1385, pero si dicha institución cristaliza entonces, y solamente entonces, es a causa de una crisis interior sin precedentes¹⁶. Es de subrayar de hecho el retraso de la institucionalización del Consejo en relación con la de la Audiencia, a pesar de que los orígenes de estas dos instituciones son cronológicamente parejas¹⁷. Quizá quepa entonces admitir que, aunque es muy poco posterior a la reorganización del servicio del rey -el de *fuera*, con la creación del oficio de Condestable en 1382, como hemos visto antes, y el de *dentro*, con la creación del oficio de Camarero de la Cámara de los Paños en 1385-, la institucionalización de este ámbito de libre designación por el príncipe no estuviera en principio contemplado en el programa de reforma emprendido por los Trastámara¹⁸. En este contexto de institucionalización forzosa, la recuperación de la iniciativa política por Juan I impone una operación de comunicación política sin precedentes, bajo la forma de un sermón en el que ahonda en las cuatro razones que le han conducido a reformar el corazón mismo de la institución monárquica.

¹⁵ Salustiano DE DIOS, *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982, y más particularmente las pp. 69-78 sobre la creación de 1385.

¹⁶ La hipótesis del modelo aragonés es defendida por Luis Suárez Fernández, en razón de la copia de las *Ordinacions* de Pedro IV el Ceremonioso que Juan I ordena que se le envíe. La orden se cursó en 1383, es decir poco después de la creación del oficio de condestable. (Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Historia del reinado de Juan I de Castilla*, t. I: *Estudio*, Madrid, 1977, p. 315). No obstante, estas *Ordinacions* de Pedro IV de Aragón se limitan a definir la estructura de la casa aragonesa, recuperando las *Leges* de Jaime III de Mallorca, sin llegar a superar las disposiciones de Alfonso X en la materia. Por otra parte, las *Ordinacions* se limitan a definir los oficios mayores y menores, como las *Partidas*, sin dar lugar a una definición institucional del Consejo tal y como lo hace la ordenanza castellana de 1385 (*Le leggi palatine di Pietro IV d'Aragona*, Olivetta SCHENA ed., Cagliari, 1983; *Leyes Palatinas de Jaime III, rey de Mallorca*, Lorenzo PÉREZ MARTÍNEZ ed., Palma de Mallorca, 1991, 2 vols.; Marcel DURLIAT, *La cour de Jacques II de Majorque (1324-1340) d'après les "lois palatines"*, memoria de tesis dactilografiada, París, 1962, retomado en las *Leyes Palatinas de Jaime III*, ob. cit., vol. I; Bonifacio PALACIOS MARTÍN, «Sobre la redacción y difusión de las "ordinaciones" de Pedro IV de Aragón y sus primeros códigos», *Anuario de Estudios Medievales*, 25 (1995), pp. 659-681). Por su parte, la hipótesis de un modelo francés está ligada a la ordenanza de Carlos V por la que confirma la creación del Consejo de regencia (1374), un modelo al que el embajador en Francia, Pedro López de Ayala, se muestra particularmente sensible en su crónica de Juan I (*Ordonnances des roys de France de la troisième race*, París, 1723-1849, t. VI, pp. 26-55; Raymond CAZELLES, *Société politique, noblesse et couronne sous Jean le Bon et Charles V*, Paris-Ginebra, 1982, pp. 577-581; Françoise AUTRAND, «La succession à la couronne de France et les ordonnances de 1374», en Joël BLANCHARD (ed.), *Représentation, pouvoir et royauté à la fin du Moyen Âge*, París, 1995, pp. 25-32; Jacques KRYNEN, *L'Empire du roi. Idées et croyances politiques en France. XIII^e-XV^e siècle*, París, 1993, pp. 136-153; Yann POTIN, «Le coup d'État "révélé" ? Régence et trésors du roi (septembre-novembre 1380)», en François FORONDA, Jean-Philippe GENET et José Manuel NIETO SORIA (dirs.), *Coups d'État à la fin du Moyen Âge ? Aux fondements du pouvoir politique en Europe occidentale*, Madrid, 2005, pp. 181-211).

¹⁷ Carlos GARRIGA, *La Audiencia y las Chancillerías castellanas (1371-1525)*, Madrid, 1994.

¹⁸ Atestiguado a partir de 1385, este último oficio tiende a vaciar de contenido el oficio de Camarero Mayor, sometido a un proceso de patrimonialización por el linaje Velasco (Jaime DE SALAZAR Y ACHA, *La casa del Rey*, ob. cit., pp. 256-258).

Documento 1

E como quier que esta ordenación sea buena en sí e a descargo de nuestra conciencia e a provecho comunal de los nuestros regnos, e tiempo puede ser que algunos paresçerá cosa nueva, por ende queremos que sepades que fesimos esta ordenación por quatro rrasones. La primera rrasón es porque los fechos de la guerra, los quales son agora muy más e mayores que fasta aquí, e si nos oviesemos a oyr e librar todos los negoçios del rregno non podríamos faser la guerra nin las cosas que pertesçen a ella, segund que a nuestro serviçio e a nuestra onrra cunple. La segunda rrasón es porque como el otro día vos diximos que de nos se dise que fasemos las cosas por nuestra cabeça e sin consejo, lo qual non es así segund que vos demostramos, e agora, de que todos los del nuestro rregno supieren en como avemos ordenado çiertos perlados e cavalleros e çibdadanos para que oyan e libren los fechos del rregno, por fuerça abrán de çesar los desires e ternán que lo que fasemos de lo fasemos con consejo. La tercera rrasón es porque disen que nos echamos más pecho en el rregno de quanto es menester para los nuestros menesteres, e nos porque todo los del rregno vean claramente que a nos pesa de acreçentar los dichos pechos, e que nuestra voluntad es de non tomar más de lo nesçesario, e que se despiendan como cunple en nuestros menesteres, e otrosí que çesados los menesteres çesen luego los pechos, fisimos la dicha ordenación de los del sobredicho consejo. La quarta e postrimera e prinçipal rrasón porque nos movimos a faser esta ordenación sí es por la nuestra enfermedad, la qual segund vedes nos rrecresçe mucho a menudo, e si oviesemos a oyr e a librar por nos mesmos a todos los que a nos vienen e rresponder a todas las petiçiones que nos fassen sería cosa muy contraria a la nuestra salud, como lo ha seydo fasta aquí; otrosí por la mochedumbre de los negoçios non se librarían tan bien nin tan ayna como cunple a nuestro serviçio e a desencargo de nuestra conciencia e a provecho comunal de todos los de los nuestros rregnos. E como quier que por todas estas rrasones dichas nos fuimos movidos a faser esta dicha ordenación, enpero aun nos movimos e oviemos voluntad de lo así faser e ordenar, porque sabemos que así se usa en otros muchos rregnos. E esto fiso el santo Moysen, el qual Dios estableçió por mayor rregidor e guyador del pueblo de Ysrael quando los sacó de Egipto, por consejo de Getró, su suegro, segund que se le en la Brivia, a do dise que quando Getró, saçerdote de Madián, suegro de Moysen, oyó en como Dios avía librado a Moysen e al pueblo de Ysrael, e desque llegó a él, e le contó Moysen todas las maravillas que Dios avía así fechos por ellos, folgó aquel día con él, e otro día asentose Moysen a dar audiençia al pueblo segund que lo avía de costunbre e todos los que tenían negoçios o pleytos o querellas venían a él que los librase, e estudo asentado dando audiençia desde la mannana fasta la ora de biesperas, e vido Getró que como quier que Moysen avía fecho muchos trabajos por todo el día dando audiençia librando, enpero que fincaban muchos del pueblo por librar e que se yvan sin libramiento, por esta rrasón fabló con Moysen e díxole que por qué consumía así a al pueblo con tan grand trabajo e tan sin provecho, e que parase bien mientes que aquel trabajo era sobre sus fuerças, e que non podría sostenerlo él solo, e demás, quel pueblo non sería bien librado, e por ende que le dava por consejo quel non se entremetiese de los fechos del pueblo, salvo aquellas cosas que pertesçían a Dios, e que les demostrase las çirimonias e los mandamientos de Dios, e cómo avían de onrrar a Dios e de mostrarlos el camino por donde avían de yr por el desierto e ensennar lo que avían de faser quando oviesen de pelear con gentes estrannas, e que para librar los otros negoçios del pueblo que estableçiese çiertos omes poderosos e sabios e sin codiçia, los quales oyesen e librasen todas las demandas e querellas e petiçiones del pueblo, e que si alguna grave cosa oviese en que ellos non pudiesen poner cobro, que fisiesen rrelación dello a él, e que la

librase él, e que así fasiendo que cunpliría los mandamientos de Dios e podría sostener el trabajo del rregimiento del pueblo, e todos los que veniesen a librar que tornarían a sus casas e logares más ayna librados e en pas. E el dicho Moysen, oydos estos consejos, plogole mucho de ello e púsolo luego por obra, por lo qual el pueblo de Ysraael fue bien rregido en su tienpo. E nos por las sobredichas rrasones, queriendo tomar enxemplo de la escriptura de Dios, fesimos esta ordenaçión por ser más aliviado de los trabajos que fasta aquí aviamos e pudiesemos aver algund rremedio de nuestra enfermedad, e principalmente para aver tienpo e manera para faser justiçia, la qual está muy menguada en este rregno; e otrosí por partiçipar más con los nuestros cavalleros e nuestros vasallos, e por poder mejor endereçar los nuestros fechos de la guerra, porque podamos vengar la desonrra que resçebimos e cobrar aquel rregno de Portugal, el qual pertesçe a nos e a la Reyna mi mujer de derecho [...]¹⁹.

La primera razón alegada para justificar la novedad institucional (*puede ser que algunos paresçerá cosa nueva*) es la guerra: Juan I quiere poder dedicarse plenamente a ella, por lo que quiere delegar su autoridad para no tener que *oyr e librar todos los negoçios del rregno*. La segunda se refiere a un rumor: contra aquellos *desires* que le acusan de hacer *las cosas por nuestra cabeça e sin consejo*, él tiene previsto designar a *çiertos perlados e cavalleros e çibdadanos para que oyan e libren los fechos del regno*. La tercera responde a la demanda de participación de las Cortes, en particular a causa de ciertas demandas fiscales que consideran exageradas y que desean controlar. La cuarta razón, declarada *prinçipal rrasón*, alude a la enfermedad del rey (*nuestra enfermedad*), una enfermedad conocida por todos a causa de las numerosas recaídas sufridas (*la qual segund vedes nos rrecresçe mucho a menudo*) y que le impide, para preservar su salud (*sería cosa muy contraria a la nuestra salud*), atender personalmente (*por nos mesmos*) todas las peticiones. Es pues un rey atenazado por el sufrimiento el que descubren por entonces las Cortes de Valladolid, un rey que, de hecho, sólo consiente en sentarse en audiencia una vez por semana, sin precisar el día²⁰. Aunque real, este sufrimiento del cuerpo es tan sólo el reflejo del sufrimiento del alma, o mejor dicho del corazón. En efecto, Juan I está de luto durante las Cortes de 1385, y sus ropas testimonian el dolor que le aflige: por no haber aplicado bien la justicia; por haber impuesto a su pueblo la carga demasiado pesada de la guerra; por verse obligado a pedir más aún en lugar de reducir sus exigencias, a causa de las pérdidas de una guerra que la derrota transforma en deshonor²¹. Aljubarrota fuerza a recogerse, a reconocer los errores del pasado y el

¹⁹ Valladolid, 1385, CLC, II, pp. 333-335.

²⁰ «Otrosi alo que nos pedieron por merçet que ploguiese ala nuestra alteza de afanar por seruizio de Dios e a prouecho comunal delos nuestros rregnos en dar nuestra presençia rreal e nos asentar en la nuestra abdiencia hun dia cada selmana, por quelos nuestros naturales nos podiesen querellar e mostrar los agrauios que ffasta aqui auian rresçebido e rresçebiesen de aqui adelante, por que por la nuestra merçet fuesen satisfechos e emendados en manera que ouiesen e alcançassen complimiento de justiçia; e esto que fariemos seruizio de Dios e nuestro alos delos nuestros rregnos merçet. Amos que nos pieden cosa que es nuestro seruizio e prouecho delos nuestros rregnos, e que nos plaze delo fazer» (*ibid.* p. 329). He propuesto recientemente algunos elementos para una historia de este ritual de gobierno en mi conferencia «La gobernabilidad, teoría y practica. La apertura de la vía de Cámara (Sevilla, 1477)» (Seminario *Gobernar en tiempos de crisis. Las quiebras en el ámbito hispánico (1250-1808)* [3 sesión: *Gobernabilidad II. La sociedad política*], Madrid, Universidad Complutense, marzo 2006), y parte de ellos se ha publicado recientemente en mi estudio «Sociedad política, propaganda monárquica y *regimen* en la Castilla del siglo XIII. En torno al *Libro de los doze sabios*», *Edad Media. Revista de Historia*, 7 (2005-2006), pp. 11-34.

²¹ Valladolid, 1385, CLC, II, pp. 330-331.

sufrimiento del presente, a llevar luto y hacer penitencia para que Dios tenga a bien apiadarse, mostrar su misericordia, apagar su cólera y conceder por fin la victoria²². La creación del Consejo real es, en principio, una señal de arrepentimiento; un acto de contricción al que acompañan las procesiones que el rey ordena realizar y el luto que lleva sobre sus *rropas de fuera*, como signos del dolor que tiene clavado en su corazón²³.

Un rey enfermo, quebrantado en cuerpo y alma, y también en su honor que es el de todo el reino, al que desea gobernar mejor para su arrepentimiento y enmienda; un rey decidido a crear otro órgano, el Consejo real, por estas razones, para apoyar mejor su cabeza, demasiado libre según los *desires* de las Cortes: tales son las justificaciones adelantadas en 1385 para crear una institución cuyos comienzos se encarga de poner en escena López de Ayala en su crónica del reinado de Juan I, crónica que es en realidad un tratado de buen gobierno²⁴. Aunque se actuara por imitación (*por que sabemos que asy se vsa en otros muchos rregnos*), como cuando se creó el oficio de Condestable en 1382; el sufrimiento y el arrepentimiento provocados por la derrota de Aljubarrota parecen, no obstante, preponderantes. Del sufrimiento del rey al agotamiento de Moisés no hay más que un paso, y es con la referencia al consejo de Jetró que los redactores del sermón-ordenanza de 1385 justifican *in fine* la institución del Consejo real.

En su estudio sobre el Consejo real, Salustiano de Dios considera que esta referencia del Antiguo Testamento resulta extraña a la realidad castellana²⁵. Pero es de notar que está en el ambiente al menos desde mediados del siglo XIV. En efecto, el consejo de Jetró figura en la *Glosa castellana* de fray Juan García de Castrojeriz al *De regimine principum* de Egidio Romano que algunos tienen por la biblia doctrinal del partido trastámara durante la guerra civil²⁶. El consejo de Jetró figura igualmente en el *Tratado de la Comunidad*, traducción castellana del *Communiloquium* de Jean de Galles –fuente igualmente de las glosas de fray Juan García–, probablemente realizada en el seno del *brain trust* de la Cancillería para inspirar los sermones de la reforma²⁷. Sin embargo, en estos tratados el consejo de Jetró sirve tan sólo para recordar al rey el consejo indispensable que ha de demandar para gobernar, incluso a

²² «E por quanto a vuestra petiçion, entendiendo que era rrazon, dexamos parte del duelo que trahemos en las rropas de fuera, entendiendo que era mucho mas rrazon que fiziesemos buenas ordenaçiones con las quales pudiesemos dexar alguna parte del duelo que vos avemos dicho que tenemos en el nuestro coraçon, por las quales se demostrase en nos e en vos alguna sennal de penitencia e de humildat por que Dios haya piadat de aqueste rregno, e que por su merçet non quiera parar mientes a los nuestros pecados mas ala su gran misericordia e quiera alçar la su yra de sobre aqueste rregno e nos quiera dar vitoria delos nuestros enemigos, por quela corona de Castilla sea restituyda en su onrra, las quales son estas que se siguen» (*ibid.* p. 332).

²³ «Primera mente nos rogamos a los perlados de nuestros rregnos que ordenasen çiertas proçesiones e predicaciones e çiertos ayunnos en çiertos dias para que fiziesemos nos e todos los otros delos nuestros regnos» (*ibid.* p. 332).

²⁴ Fernando GÓMEZ REDONDO, *Historia de la prosa medieval castellana*, t. II, ob. cit., pp. 1.808-1.816.

²⁵ Salustiano DE DIOS, *El Consejo Real de Castilla*, ob. cit., p. 75.

²⁶ «E aún deve el rey demandar consejo a menos sabios que sí e a menores que sí, según que fizo Moisés, que demandó consejo a Jetro, que era menor que él e menos sabio» (*Glosa castellana al "regimiento de Príncipes"*, ob. cit., vol. III, p. 189).

²⁷ «El príncipe que quiere rezevir consejo, cumple que oya las sentençias de los otros, a enxemplo de Moysés, que oyó el consejo de Jetro» (*Tratado de la comunidad (Biblioteca de El Escorial MS. &-II-8)*, Franck Anthony RAMÍREZ ed., Londres, 1988, p. 110). Sobre este tratado véase, además del estudio que acompaña a la edición, Conrado GUARDIOLA, «Observaciones sobre la fuente del *Tratado de la comunidad*», *Anuario Medieval*, 3 (1991), pp. 138-148; Fernando GÓMEZ REDONDO, *Historia de la prosa medieval castellana*, t. II, ob. cit., pp. 1.730-1.735.

los más « pequeños » y a hombres menos sabios que él. En consecuencia, se está aún lejos del desarrollo al que da lugar en el sermón regio, por lo que estos tratados probablemente sólo hayan servido para orientar a sus autores. Y a partir de ahí, estos han podido inspirarse directamente en la Biblia, tal y como indica el rey, o/y buscar en esa otra reserva de ejemplos que es la *General Estoria* de Alfonso X²⁸. Según esta hipótesis -muy probable en tanto en cuanto la versión de la *General Estoria* parece dar forma a la de 1385-, la referencia al consejo de Jetró a Moisés del Antiguo Testamento viene inscrita prácticamente desde el principio en el mayorazgo ideológico que van heredando los reyes de Castilla desde fines del siglo XIII. Cabría, por tanto, explicar la recuperación del consejo de Jetró en 1385 con relación, precisamente, a este patrimonio ideológico.

En este sentido, conviene recordar el perfil un tanto veterotestamentario del proyecto de monarquía sacerdotal con el que Sancho IV asumió el fracaso de las ambiciones alfonsíes. En los *Castigos*, entre dos reverencias, de homenaje y súplica, este proyecto se expresaba en forma de un sueño de rey coronado, llevando las ropas litúrgicas de Aarón (*Éxodo* 28.1-39, ver también *Ex.* 39.1-32), tronante en la Tienda del Encuentro (*Éxodo* 26.1-37, ver también *Ex.* 27.9-19, 36.8-38, 38.9-20 et 40.1-38) y rodeado por doce hombres de honor que forman su Consejo²⁹. Pero en este sueño de una majestad brillante, abrumadora también por cuanto impone al rey la carga de un pesado hábito de virtudes, la identidad y la función de estos auxiliares quedaban pendiente de una definición. Y es la que procura precisar la ordenanza de 1385 al establecer un marco de competencias -todo salvo los asuntos que competen a la Audiencia y el *domaine réservé*, o sea la administración de la gracia regia³⁰- y al designar a los beneficiarios de una delegación de gobierno -cuatro prelados, cuatro caballeros y cuatro representantes de las ciudades- en adelante transparente, legítima y controlable. En otras palabras, como muestra de la vigencia del antiguo proyecto sanchista, el consejo de Jetró a Moisés permite su revisión de acuerdo con el espíritu de arrepentimiento pregonado por Juan I ante las Cortes. Al rey, necesario tan sólo en caso de apelación, le corresponde reinar y al Consejo real gobernar. Este reparto abre, pues, una potente vía de integración política.

Este mensaje se dirige esencialmente a los más « pequeños », como Jetró, cuyos consejos no debe despreciar el rey, es decir, se dirige a las ciudades del reino. Ellas habían intentado aprovechar los comienzos de la revolución tastámara para obtener una representación permanente en un Consejo todavía informal, aunque de presumible valor estratégico³¹. En 1371, Enrique II se había negado a recibirlas, con el pretexto de que, en lo sucesivo, podía contar con los oidores de una Audiencia legalmente instituida, e integrada por oficiales mejor que por sus representantes³². Las ciudades se aprovechan de la crisis de 1385 para obtener satisfacción, aunque de manera temporal. En 1387, Juan I se quita el luto que llevaba desde 1385³³, y responde a las ciudades que le reclaman que excluya a los Grandes de su Consejo, que va a continuar rodeándose de Grandes, prelados, caballeros, letrados y hombres

²⁸ ALFONSO EL SABIO, *General Estoria*, Antonio GARCÍA SOLALINDE ed., Madrid, 1930, Primera parte, libro XIV, capítulo X et XI, pp. 391-393.

²⁹ *Castigos del rey don Sancho IV*, Hugo Óscar BIZZARRI ed., Madrid, 2001, capítulo XI, pp. 142-151. Sobre este sueño de una monarquía sacerdotal, me permito remitir a los argumentos que le dedico en mi tesis, *La privanza ou le régime de la faveur*, op. cit., vol. I, pp. 131-146.

³⁰ Valladolid, 1385, CLC, II, pp. 332-333.

³¹ Burgos, 1367; Toro, 1369 (CLC, II, pp. 148 et 183).

³² Toro, 1371 (CLC, II, p. 211).

³³ Briviesca, 1387 (CLC, II, p. 398).

de buen entendimiento, y de todos aquellos que estén en disposición de servirle³⁴. Queda lejos el tiempo del arrepentimiento, se trata ahora de rehacerse con un órgano del Estado que el rey había permitido separar formalmente de su cuerpo agotado y enfermo, tan sólo para resolver una crisis de confianza. Para las ciudades, esta recuperación significa la relegación de sus representantes como tales en beneficio de los servidores del Estado, pero estos, esencialmente los juristas, proceden de ellas³⁵.

La explicitación

Enunciado como fundamento de una forma de gobierno compartido por Juan I, el consejo de Jetró a Moisés queda silenciado durante medio siglo. Solo a finales de 1430 puede comprobarse su recuperación. El responsable es fray Juan de Alarcón (1362-1449). Descendiente de un linaje de la nobleza segundona, Juan de Alarcón entra tardíamente en la orden agustina. En 1419, el Capítulo General de Asti le envía al *Studium* de Florencia como *baccalaureus biblicus*. Licenciado en 1425/26, una crisis espiritual le aparta de los estudios universitarios y le acerca a la Observancia. A su vuelta a Castilla, en 1428/1430, fray Juan de Alarcón intenta implantar este movimiento reformador y obtiene la ayuda decisiva de don Álvaro de Luna. Cuando se reúne el Capítulo fundador de la Observancia castellana (1439), fray Juan conoce perfectamente una Corte que frecuenta asiduamente, tal vez como predicador³⁶. Fray Juan dedica su *Libro del regimiento de los señores* a don Álvaro de Luna, en un momento en que su gobierno ha de hacer frente a la pujante oposición de los Infantes de Aragón³⁷. Y, cerca del privado, Fray Juan de Alarcón le proporciona ciertos argumentos para que justifique su poder, al tiempo que le instruye sobre la manera de ejercerlo bien³⁸.

Documento 2

La quarta [*cosa que es menester para que el pueblo se rixa bien*], que deve [*el rey o regidor o governador*] deve oyr las querellas o queexas de los omnes por sy o por otros que pongan en su lugar sy ellos por sy non pueden. Buen regidor e mayor del pueblo era Moysén e puesto por Él, pero él, rigiendo el pueblo e oyendo de la mañana fasta la noche las querellas d'ellos, un su suegro, om[n]e sabio e de pro, que lo avía venido a ver, díxole: «grande trabajo es éste e

³⁴ Briviesca, 1387 (CLC, II, p. 382).

³⁵ Sobre las ordenanzas de Briviesca (1387) y Segovia (1390) que completan la regulación del Consejo Real, ver Salustiano DE DIOS, *El Consejo Real de Castilla*, ob. cit., pp. 78-95. Los análisis de María Asenjo obligan, sin embargo, a matizar la idea de un fracaso de la representación permanente de las villas en el seno del Consejo Real después de 1390 (María ASENJO GONZÁLEZ, «Ciudades y poder regio en la Castilla Trastámara (1400-1450)», en François FORONDA, Jean-Philippe GENET y José Manuel NIETO SORIA (dirs.), *Coups d'État à la fin du Moyen Âge ?*, ob. cit., pp. 365-401).

³⁶ Luis ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, *El movimiento "observante" agustiniano en España y su culminación en tiempos de los Reyes Católicos*, Roma (*Analecta Augustiniana*), 1978; el prólogo a la edición de *El libro del regimiento de los señores de fray Juan de Alarcón*, María del Carmen PASTOR CUEVAS ed. Madrid, 2000, pp. XI-XXV; y los comentarios de la editora en su estudio de la obra, pp. 21-28.

³⁷ Nicholas ROUND, *The Greatest Man Uncrowned. A Study of the Fall of Don Álvaro de Luna*, Londres, 1986; Isabel PASTOR BODMER, *Grandeza y tragedia de un valido. La muerte de Don Álvaro de Luna*, Madrid, 1998; José Manuel CALDERÓN ORTEGA, *Álvaro de Luna, op. cit.*; Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Nobleza y Monarquía. Entendimiento y rivalidad. El Proceso de la construcción de la corona española*, Madrid, 2003.

³⁸ Fernando GÓMEZ REDONDO, *Historia de la prosa medieval castellana*, t. III: *Los orígenes del humanismo. El marco cultural de Enrique III y Juan II*, Madrid, 2002, pp. 2.935-2.943.

non lo puedes soportar largamente. Pon otros algunos que oyan los negoçios menores e baxos, e tú sey para los mayores e altos». Pues d'esta actoridad deve e puede omne entender que los mayores, para que puedan venir e vacar a sus nesçesarios solazes e recreaçiones nesçesarias, deven en los mayores negoçios ocuparse e entremeterse por sy mesmos, e los otros menores dexar e encomendarlos a tales que ayan temor e amor con Dios, om[n]es de buena conçiencia. E, sy pueden ellos alguna vez ver los negoçios e oyr en suma la relación d'ellos, dévenles fazer justiçia syn aceptación de las personas. Que quiere dezir que el rey, príncipe o señor o mayor deve consyderar los mérytos de las causas o exçesos, e cuál es la culpa de cada uno e non cuál es el lynage nin la honra, riqueza o dignidad; ayí commo faze Dios, ca a los omnes judga, non segund estos dones de fortuna, mas segund la bondad o maldad suya. Como dize el Profeta: «Señor, tú das a cada uno segund sus obras» [Ps., 61.13]. E en otro lugar dixo: «Señor, tú me darás o farás co[n]migo segund la lypieza de mis obras» [2 Sam. 22, 21]. E non dixo segund la lypieza o nobleza de mi sangre nin la fidalguía de mi padre³⁹.

En la serie de cuestiones planteadas por Juan de Alarcón para que lo consiga, la responsabilidad del gobernante es esencial. Fray Juan, de hecho, se preocupa por todos los tipos de gobernantes (*regidor, governador, príncipe, señor de reino o de tierra, mayor del pueblo*), cualquiera que sea la naturaleza de su poder (*regimiento, poderío, señorío, riqueza, privança de rey o semejante*). Y detrás de cada uno de ellos, Juan de Alarcón ve la mano de Dios; aunque se les deje a estos, como a cualquier criatura, una vez creados, en libertad para seguir su propio camino⁴⁰. Por lo que conviene guiar al gobernante para que no pierda de vista su responsabilidad, no se aparte del bien, sea consciente de la humildad de su condición, abandone el orgullo, y finalmente sirva y sufra a este pueblo que Dios le ha confiado. En este punto de sus consideraciones reaparece el consejo de Jetró, en el capítulo ocho del libro primero, cuando fray Juan aborda el deber de oír a los peticionarios. Siguiendo la manera que se había usado en 1385, el ejemplo de Jetró invita al gobernante a descansar y a designar sustitutos para que cumplan con esta obligación en su lugar, mientras que él se encarga sólo de los asuntos más importantes. Juan de Alarcón aboga así en favor de una práctica menos abrumadora del deber de oír, aunque al mismo tiempo más eficaz, dado que cuando el gobernante quiera conocer los asuntos, podrá hacerlo de manera global en lo sucesivo, gracias a la relación que se le hace de los mismos. En la práctica, en cambio, esto implica hacer abstracción de las personas, y que solo se tengan en cuenta las razones y los perjuicios, así como la verdadera nobleza de los demandantes -o sea la de sus obras y no la de su sangre- sin que interese su condición (linage, honor, riqueza, dignidad).

Fray Juan de Alarcón sueña casi con un hombre desnudo, bueno o malo pero despojado de los vestidos del siglo; un sueño bastante clásico en la literatura teológico-política, aunque renovado aquí por el rigorismo religioso del fundador de la Observancia en Castilla. De hecho, es con este mismo rigorismo con el que el

³⁹ *Libro del regimiento de los señores*, ob. cit., Libro I, capítulo VIII, pp. 259-260.

⁴⁰ «Que así Dios a las cosas fizo, aministra e endereça que [a] cada una faze[r] su propio movimiento dexa» (*ibid.*, libro I, capítulo 3, pp. 241-242). Este tratado se inscribe en el marco del debate sobre el libre albedrío y la predestinación que marca la primera mitad del siglo XV, en el que se inscriben los numerosos tratados de *caso y fortuna* (Fernando GÓMEZ REDONDO, *Historia de la prosa medieval castellana*, t. III, ob. cit., pp. 2.277-2.811). De manera general, sobre la influencia de la reflexión agustiniana en el pensamiento político castellano de la Edad Media, véase Francisco RUBIO, «*La Ciudad de Dios* en la literatura castellana de la Edad Media», *La Ciudad de Dios*, 167 (1954), pp. 551-576.

Observante aconseja al gobernante que sólo elija a *omnes de buena conciencia* para cumplir con el deber de oír; o le exhorta, cuando no tenga la *sabiduría para regir sus pueblos*, a encontrar *omnes de sano saber e santa e buena conciencia* para ello, es decir, hombres maduros esencialmente⁴¹. Sin embargo, las cualidades morales no lo son todo y el hombre de fe, que también es *licenciado*, sabe que el servicio del príncipe exige igualmente una cierta capacidad, gente especializada cuyo papel en el gobierno es legitimado apelando a la autoridad de Aristóteles y a la imagen de la nave⁴². Con ellas, fray Juan de Alarcón reafirma un ideal de gobierno también

⁴¹ «La quinta es que rey o príncipe o señor de reyno o de tierra deve trabajar por aver sabiduría para regir sus pueblos [...]. Pero sy non la pueden aver por sy, deven buscar omnes de sano saber e sancta e e buena conçiencia, non mançebos, mas ya en días [...]. D'esto dize Aristótilles que, asy como el govierno o regimiento de la nave non deve ser dado por suertes que se echen para quién la regirá, nin encomendado a fidalgo o rico o poderoso o grande de cuerpo, mas [a] aquel que regir e guiar e sacar a puerto la sacará bien; asy, los regimientos de los pueblos non deven ser encomendados a fidalgos e a ricos omes, mas a omnes de sano juyzio, cuerdos, maduros, onestos e sabidores, los quales naturalmente son dignos de ser señores de los otros e regidores» (*El libro del regimiento de los señores*, ob. cit., libro I, capítulo VIII, pp. 261-262).

⁴² En las *Partidas* de Alfonso X, definida a partir de las etimologías clásicas *-cohors, curia-* y según el «lenguaje de España» -el *corte* de la espada de justicia- (II, 9.27), la Corte se concibe como un mar abierto, a partir de una semejanza marítima inspirada del *Exameron* de san Ambrosio (II, 5) según Gregorio López (glosa h, en su edición de 1555), la cual es aprovechada por el monarca para aclarar cómo piensa cumplir con su deber de oír y quiénes, y cómo, han de asistirle en esta tarea (II, 9.28). Este largo desarrollo marítimo y náutico de las *Partidas* bien puede ponerse en relación con el empleo de las imágenes de la nave y de la navegación por santo Tomás de Aquino en su *De regno* (I: 1.2, 9.30, 3.43 y 3.45 [SANTO TOMÁS DE AQUINO, *La monarquía*, trad. y ed. Laureano ROBLES y Ángel CHUECA, Madrid, 1989]); Georges Martin estima posible, por otra parte, que este último haya podido tener conocimiento del código alfonsí (Georges Martin, «Alphonse X, roi et empereur. (Commentaire du premier titre de la *Deuxième partie*)», *Imprévue*, 1-2 (1998), pp. 23-54.]). Estas definiciones y concepción de la Corte, seguidas de otras sobre el palacio y el retraer regio, concluyen el título IX de la segunda Partida, donde, después de la definición del oficio (II, 9.1), la ley precisa las condiciones requeridas para ejercerlo (II, 9.2), luego examina los oficios de la Corte (II, 9.3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20 y 21), así como los oficios de la justicia territorial que garantizan la presencia del rey fuera de palacio por representación (II, 9.22 y 23). Es tentador por lo tanto ver en estos marinos que rodean al rey en la semejanza náutica a los oficiales de su casa y justicia, a los que se les exige, además de su espíritu de cuerpo, cierta tecnicidad, de acuerdo con la naturaleza del oficio que han de desempeñar (el Canciller debe saber leer y escribir en latín y en castellano [II, 9.4]; los notarios, saber tener un registro [II, 9.7]; los médicos, conocer su oficio [II, 9.8]; los porteros, distinguir entre los hombres [II, 9.14]; los jueces, también saber leer y escribir para instruir las demandas y averiguaciones [II, 9.18]). Con esto, las disposiciones alfonsíes traducen también la complejidad creciente del oficio, así como la necesidad de formar a aquellos que el rey elige para su servicio, entendiendo que ellos no deben ser ni demasiado pobres ni demasiado viles, ni demasiado nobles ni demasiado poderosos para que pueda controlarlos mejor (II, 9.2). De hecho, el título XXX de la segunda Partida recoge esta preocupación, abordando la cuestión de los escolares y los maestros, que entronca muy directamente con el movimiento universitario que promueve la monarquía castellana, pro ejemplo en Palencia (1208), en Salamanca (1218) y en Valladolid (1255-1260). Sin embargo, la intervención regia no siempre es garantía de éxito como se demuestra con la refundación de Salamanca en 1243, la debilidad de Palencia en 1263, o los fracasos de Sevilla en 1254 y Alcalá de Henares en 1293. Conllevando y legitimando la implicación de un número importante de personas en el gobierno de la corona, la imagen náutica culmina con una de las primeras referencias a la brújula. Esta aguja es en realidad el aguijón de la justicia, cuyo lugar, entre Dios y el mundo, es finalmente comparable al de la brújula, entre el cielo y la tierra, en el medio pues. Quizá pueda considerarse este lugar mediano como una metáfora de la revisión de las ambiciones legales alfonsíes, centradas a partir de las Cortes de Zamora (1274), en las que se institucionalizan los jueces y se definen los casos de Corte, sobre el ejercicio de la justicia y el deber de oír a los peticionarios; una misión que abre en realidad una perspectivas considerables dado que determina un campo en el que no se discute la intervención regia (Aquilino IGLESIAS FERREIRÓS, «Las Cortes de Zamora de 1274 y los casos de Corte», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 41 (1971), pp. 945-971; José SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, *La administración de justicia real en León y Castilla (1252-1504)*, Madrid, 1980, pp. 175-

inscrito en el mayorazgo ideológico de los reyes de Castilla, del que se sirve para negar toda capacidad genérica a los *fidalgos* y a los *ricos omes*. La reafirmación de tal ideal debe mucho a las circunstancias y a la necesidad de legitimar el poder de un privado que, aunque ennoblecido, hecho Condestable de Castilla y jefe del partido regalista, sigue pareciendo un advenedizo a los ojos de los Infantes de Aragón y de sus partidarios⁴³. Por lo tanto, la obstinación de este Observante contra la aristocracia y la nobleza no es un eco lejano del igualitarismo predicado en las crisis y revueltas de la segunda mitad del siglo XIV⁴⁴; sino que testimonia sobre todo el compromiso de fray Juan de Alarcón en contra de una aristocracia que considera el gobierno como algo propio⁴⁵.

No deja de sorprender la coincidencia retrospectiva entre la posición de fray Juan de Alarcón y la petición de excluir a los Grandes del Consejo que las ciudades habían presentado en Briviesca en 1387. ¿Está abriendo el agustino reformador un camino a la conciliación de los intereses lunistas con las exigencias de las ciudades en materia gubernamental? La hipótesis cobra fuerza a la luz de las peticiones de los representantes de los Concejos relativas a las *relaciones por suma*, procedimiento al que parece hacer alusión fray Juan cuando admite que el gobernante pueda *oyr en suma la relación* de los asuntos que hayan sido tratados. Así, en las Cortes de Toledo (1436) y después en las de Madrigal (1438), los procuradores de las villas exigen la revisión de estas *relaciones* que ellos estiman demasiado breves, y la posibilidad de que se les notifique a las partes, para que puedan verificar su contenido⁴⁶. La idea de

262; Benjamín GONZÁLEZ ALONSO, «Poder regio, Cortes y régimen político en la Castilla bajomedieval (1252-1474)», en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, Valladolid, 1988, vol. II, pp. 201-254; Carlos GARRIGA, *La audiencia y las chancillerías castellanas (1371-1525)*, Madrid, 1994, pp. 31-44).

⁴³ Ver particularmente la carta del 20 de febrero de 1439 dirigida por don Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla, y don Pedro Manrique, *Adelantado* de León, a Juan II, y la respuesta que le da el rey en su carta del 9 de marzo (Pedro CARRILLO DE HUETE, *Crónica del halconero de Juan II*, Juan de Mata CARRIAZO ed., Madrid, 1946, pp. 257-260 y 263-276).

⁴⁴ Michel MOLLAT y Philippe WOLF, *Les révolutions populaires en Europe aux XIV^e et XV^e siècles*, París, 1993; Richard W. KAEUPER, *Guerre, justice et ordre public. La France et l'Angleterre à la fin du Moyen Âge*, París, 1994, pp. 330-353.

⁴⁵ François FORONDA, «S'emparer du roi. Un rituel d'intégration politique dans la Castille trastamare», en François FORONDA, Jean-Philippe GENET, José Manuel NIETO SORIA dirs. *Coups d'États à la fin du Moyen Âge ?*, ob. cit., pp. 213-329.

⁴⁶ «Otrosi muy alto sennor, ya sabe vuestra sennoria que todas las petiçiones que se dan en vuestro Consejo se faze rrelaçion dellas por suma diziendo: esto pide fulano. Delo qual se siguen que adelante se suele fazer prouision commo se pertenesçe fazer, e sy el que pide justiçia en su petiçion por quatro o çinco rrazones e mas por quele deue ser fecho, e el que faze rrelaçion delas rrazones que el suplicante pone en la petiçion, los quele han de prouuer de justiçia, aquellas non vistas, non les pueden bien proueer, delo qual ya vuestra merçet vee quanto danno se sigue a vuestros subditos e naturales. Por ende muy omill mente suplicamos vuestra alteza, que provea enello mandando que se faga rrelaçion conplida de todas las rrazones que el suplicante pidiere en su petiçion al tienpo que se fiziere la tal rrelaçion en vuestro alto Consejo, lo qual será mucho serviçio avuestra merçet e grant prouecho de vuestros subditos, e será causa que sienpre les sea administrada justicia çerca delo que pidieren e suplicaren. Aesto vos rrespondo que la ley del mi Consejo que fabla en esta rrazon prouee sobre ello, e mando al mi rrelator que saque e faga las rrelaçiones segunt e por la forma quela dicha ley manda» (Toledo, 1436, CLC, III, p. 265); «Otrosi muy alto sennor, por los dichos procuradores fue suplicado a vuestra alteza quele ploguiese de ordenar e mandar quelas rrelaçiones que se fazen en el vuestro Consejo delas petiçiones que enel se dan, que se fiziesen conplidas e todas las rrazones que el suplicante pusiese en su petiçion, alo qual vuestra alteza rrespondió que mandaua al vuestro rrelator que sacase e fiziese las dichas rrelaçiones segund la forma quela ley del vuestro Consejo que en este caso fabla, manda. E muy poderoso sennor, por que muchas vezes a acaesçido e acesçe que por las dichas rrelaçiones non se fazen conplida mente segund que se contiene enlas petiçiones quel suplicante pone, su justiçia non es tan conplida mente entedida nin guardada. Por ende muy alto

una convergencia es aún más clara cuando fray Juan considera que los reyes actúan por amor, como buenos padres, cuando designan *corregidores letrados, piadosos e provados*, hombres de confianza para las *nobles ciudades*⁴⁷. Este perfil se adecúa a las exigencias de las ciudades desde la instalación de los Trastámara en el trono, pues no habían dejado de reclamar que, a diferencia de estos *omes de Palaçio e que sabien mejor husar de sus armas que non leer los libros delos fueros e delos derechos*, se designe a *omes llanos [...] e pertenesçentes para ello*⁴⁸, un *corregidor* que sea *ydoneo e perteneçiente sin sospecha e llano*⁴⁹, amante del *bien dela rrepublica*⁵⁰ antes de pensar en *allegar dinero e poner escándalos e çismas e mal querençias entre los pueblos*⁵¹. Al servicio del privado del rey, fray Juan se hace eco de una ideología política urbana, en la que la competencia, el bien común y la utilidad pública son las palabras maestras. ¿Es posible que este mensaje sea precisamente el que don Álvaro de Luna -y los letrados que se adueñan del gobierno regio siguiendo su estela- quiere oponer a la propaganda del partido aragonés⁵²?

Documento 2 bis

Cómmo deven partir sus trabajos e sus repartimientos e negoçios encomendar a otros cueradamente.

Deve el omne, que es señor de munchos e tiene poder sobr'ellos encomendar a otros parte de sus trabajos. Asy commo, por mandado de Dios o por consejo de otro, fizo Moyssén, ca escogió çiertos omnes maduros e ançianos que le ayudasen a regir el pueblo, e él fincó descargado de los menores negoçios, para que él pudiese mejor vacar a las cosas altas e devinales; pero mandó que, quando alguna questión fuerte acaesçiese e non la pudiesen ellos discuty o desenbolver, que gela troxiesen a él, e fazíanlo asy. Pero en esto deve todo príncipe seguirse por juyzio de razón e non por carnal afecçión, nin encomendar los regimientos a om[n]es por seer sus parientes sy lo non meresçen por virtudes, bondades o saber, nin por los gualardonar de sus trabajos que por ellos han padescido, commo fazen algunos, que, por pagar lo que les han servido algunos, fâzenlos señores de una villa o lugar, o alcaldes regidores o corregidores, presçiando más a un omne que a un pueblo, los quales non son al pueblo nesçesarios nin provechosos, nin, por ende, gelo encomienda el príncipe, nin él lo resçibe por lo defender nin tener en justiçia, paz e concordia, mas por servise e aprovechar d'ellos e comérseles e roerlos. E dando a entender que los aman, non tienen verdad, mas tráctalos commo un lobo a un cordero e como a

sennor a vuestra sennoria muy omill mente suplicamos quele plega que las dichas petiçiones todas sean leydas en el vuestro Consejo, e si rrelaçion dellas se oviere de fazer quel rrelator quela ouiere de fazer quela lieue escripta e firmada del nonbre del suplicante e de su procurador, por tal manera quel suplicante sepa commo la dicha rrelaçion se faze conplida mente e non aya rrazon de se quexar, que por su rrelaçion non ser fecha conplida mente perdió su derecho. Aesto vos rrespondo que a mi plaze e mando que las tales rrelaçiones se saquen conplidamente, e quela parte que quisiere su rrelaçion que le sea mostrada, e si entendiere que algo aya de annadir que se faga asi, e mando al mi rrelator que lo guarde e faga asy que por mi vos es rrespondido» (Madrigal, 1438, *ibid.*, pp. 325-326).

⁴⁷ «La tercera, por amor que tiene con alguna tierra o pueblo, provéele, como buen padre, de regidor sabio, piadoso e bueno. Como fazen los reyes que a las nobles ciudades que muncho aman enbían corregidores letrados, piadosos e provados de quien se fian» (*Libro del regimiento de los señores*, ob. cit., libro II, capítulo II, p. 281).

⁴⁸ Toro, 1371 (CLC, II, pp. 203-204).

⁴⁹ Ocaña, 1422 (CLC, III, p. 38).

⁵⁰ Burgos, 1430 (*ibid.* p. 92).

⁵¹ Zamora, 1432 (*ibid.* p. 126).

⁵² Sobre la promoción de los *letrados* durante la *privanza* de don Álvaro de Luna y el apoyo que ellos le dan y después le retiran, véase Nicholas ROUND, *The Greatest Man Uncrowned*, op. cit., pp. 169-176.

la perdiz el gavián, ca le sigue e toma por comerla [*Prov.* 28, 21]. Asy lo dize el Señor por la boca de un profeta: «los pryncipes de mi pueblo, en medio d'él, son commo lobos robadores» [*Ez.* 22, 27]. Y, ¡a dolor!, que algunos señores encomiendan regimientos de villas e pueblos a omnes de quien non fiarían sus mulas o su plata, non considerando el cargo que tienen de Dios que su[s] lugarteniente[s] los fizo e les encomendó su pueblo, de omnes a su semejança fechos e por su sangre conprados, nin considerando que devían catar qué omne avie menester el pueblo por regidor o señor o anparador, e non qué provecho avía de menester su pariente [su] familiar aver del pueblo. El qual provecho, sy el príncipe o el rey fazerles quiere o quisiesse por debdo o por gracia, antes devie echar pechos a los pueblos para acarrear e proveerlos que non fazerlos señores d'ellos o corregidores. Pero, con todo esto, sy estos parientes, familiares o leales servidores o vasallos fuesen buenos zeladores de la justiciã, homildes, discreptos, tenprados e sabios, non niego que les non puedan, syn pecado, dar estas honras, pero todavía dándoles a entender los cargos que les encomiendan; los quales, sy ellos entendiesen, por çierto, refoyrían las honras, pensando los trabajos e los dolores. Asy commo fazía Moysén quando el Señor lo fazía príncipe, cabdillo e duque e guiador de su pueblo, ca dixo: «Señor, non me des este cargo, enbía al que as de enbiar, que yo non só para tanto» [*Ex.* 4, 13]. E quasi forçado, resçibió la mayoría. Sobre lo qual dize Sant Gregorio: «Moysén, dándole Dios el poder, tiembla e seer mayor resçela» [*Moralia* XXXV, 12; *Patrologiae Latinae* LXXVI, 767]. E agora cada uno seer mayor cobdiçia e el que tiene asaz de su propia carga para caer, somete los onbros para los cargos de los otros sostener. E, por ende, quando caen, non caen solos, ca, como arriba dize, pecando ellos, escandalizan e fazen pecar a muchos otros, assy commo quando cae una torre o grand casa e fuerte, non cae sola, mas cae con todas las que están derredor a su sonbra. Asy lo dize Boeçio, De Consolación [*De consolatione Philosophiae*, I, 15], fablando de los señores tenporales: que caen estando en alteza de señorío e de honra, e consigo derruecan a muchos⁵³.

La posición de fray Juan se endurece en el tercer libro, en donde aborda las responsabilidades de los gobernantes ante Dios, del que sólo son sus delegados, y ante el pueblo, al que deben servir y sufrir. En el capítulo IV de este nuevo decálogo, el Observante retoma el consejo de Jetró y prosigue su argumentación a favor de que el príncipe siga el *juicio de razón* antes que la *carnal afecçión* a la hora de *encomendar a otros parte de sus trabajos*. El consejo de Jetró legitima un gobierno de especialistas, una meritocracia de la que son excluidos los parientes cuando sus *virtudes, bondades o saber* son insuficientes y, en general, los hombres no *nesçesarios nin provechosos* que el favor, ese ambito no *carnal* del afecto principesco, pone a la cabeza de los *regimientos*. Porque de estos inútiles sólo puede venir una devoración tiránica (*Ezechiel*, 22, 27). Pero, consciente de la necesidad que tiene el rey de recompensar a sus servidores, en razón de alguna deuda o del afecto que les tiene, fray Juan propone como un mal menor pagar antes que permitir que algunos se apoderen de todo el pueblo y sometan a las ciudades a una opresión que les aparte de la Corona y que les aleje, en consecuencia, tanto de las Cortes como de la Corte. La propuesta de fray Juan coincide con las peticiones que presentan las ciudades con vista a contractualizar el favor regio⁵⁴.

⁵³ *Libro del regimiento de los señores*, op. cit, libro III, capítulo IV, pp. 307-309.

⁵⁴ En efecto, las peticiones de las Cortes de los años 1420-1430 testimonian una inquietud creciente cara al fenómeno de señorialización ligado a estas *mercedes* que los Trastámara no cesan de conceder desde el segundo cuarto del siglo XIV. Así, en 1420, los procuradores de las ciudades, muy aristotélicos en su argumentación, reclaman más mesura para que la largueza permanezca como virtud y el favor de unos no entrañe el perjuicio de un número mayor («pero commo la verdat dela largueza

Sin embargo, fray Juan sabe que esta opresión señorial es inevitable, casi consustancial con un régimen político cuyo fundamento, tanto en caso de privanza como de gobierno de parientes, reside en el favor regio. Así que el Observante admite que el príncipe pueda poner el gobierno en manos de *parientes familiares o leales servidores e vassallos*, sin caer por ello en el pecado. Previamente, el príncipe debe asegurarse de las virtudes de los hombres a los que quiere honrar, advertirles de la dura responsabilidad que les confía. El reconocimiento de su incapacidad por parte de Moisés, y después el temor a asumir los padecimientos del gobierno, permiten a fray Juan esbozar el principio de una conducta ideal: un gobernante que asume su carga con el corazón apesadumbrado porque sabe que es enorme y abrumadora. En sentido contrario, fray Juan de Alarcón denuncia una práctica más acorde con las de su época, más estereotipada también: cuando los hombres, por codicia, se esfuerzan en echarse sobre sus espaldas la pesada carga del gobierno, sin que nunca les resulte excesiva, esta sobrecarga provoca su caída y la de los hombres que le rodean y sostienen. Y fray Juan acaba su razonamiento con la imagen de la ruina de una torre o de una gran casa, y con el recuerdo del *De consolacione* de Boecio⁵⁵. Es en definitiva un tema de la época, que sirve para prevenir los riesgos de la caída y de la desgracia, pero sin preconizar ninguna línea de conducta política, pues únicamente compromete al príncipe a rodearse de hombres con fuertes espaldas: de especialistas, pues, pero sobre todo, de un privado, al que fray Juan describe en su dedicatoria con sentido de *juizio, fondo de discreción, prudencia e fortaleza e otras virtudes que Dios vos dio*⁵⁶. No es por tanto el régimen de *privanza* como tal lo que defiende fray Juan de Alarcón -él no interviene de hecho en el debate contemporáneo sobre el gobierno preferible⁵⁷-, sino la privanza de don Álvaro de Luna, esa criatura de Dios

tiene su medida e condiciones ciertas, tan bien en los rreyes e los príncipes commo en los otros despues dellos, delas quales excediendo amas o menguado amenos, dexava de ser virtud [...] e que non devian los rreyes e principes e otra qual quier persona, de tanta largueza unos, que tornasen en grant dapno de otros» [Valladolid, 1420, CLC, III, p. 34]). Esta largueza desmesurada favorece a los parientes del rey y a la aristocracia, pero igualmente a las «personas que por servicio lo merecieron, e espeçial mente aquellas que cerca de sus rreales personas e en su privança beuian» (Palenzuela, 1425, *ibid.* p. 59). Fray Juan rectifica un poco su tesis por esto, admitiendo la posibilidad de una recompensa por *deudo o por gracia*, entendiendo bien que su argumento puede volverse contra el *privado* de Juan II. Sin embargo, el rey permanece sordo a las demandas de las ciudades como muestra la reiteración de las peticiones relativas a la desmesura de su largueza y a la constancia de una presión señorial que él avala de algún modo al quedarse sin darles la respuesta ansiada por los procuradores (Palenzuela, 1425, petición. 13; Burgos, 1430, pet. 16; Zamora, 1432, pet. 12; Madrid, 1433, pet. 9; Madrid, 1435, pet. 15, 23, 28 y 33; Toledo, 1436, pet. 8; Madrigal, 1438, pet. 7, 53 y 54; *ibid.*). En 1442, la presión es tal que los Concejos denuncian la imposibilidad en la que se encuentran la villas de señorío de realizar apelaciones a la Corte (Valladolid, 1442, *ibid.*, pp. 428-429). Sobre este proceso de señorialización en la Castilla de fines de la Edad Media, ver en particular Paulino IRADIEL, «Señoríos jurisdiccionales y poderes públicos a finales de la Edad Media», en *Poderes públicos en la Europa medieval: Principados, Reinos y Coronas. XXIII Semana de Estudios Medievales* (Estella, 1996), Pamplona, 1997, pp. 69-116.

⁵⁵ Sobre las lecturas de Boecio y los libros de consolación en la Castilla del siglo XV, ver la síntesis de Fernando GÓMEZ REDONDO, *Historia de la prosa medieval castellana*, t. III, ob. cit., pp. 2.974-3.015.

⁵⁶ *Libro del regimiento de los señores*, ob. cit., p. 231. Estas virtudes no son sino recuerdo de la *prudencia regnativa* como la define santo Tomás (Michel SENELLART, *Les arts de gouverner. Du regimen médiéval au concept de gouvernement*, París, 1995, pp. 158-179).

⁵⁷ La redacción del *Libro del regimiento de los señores* se sitúa, en efecto, en pleno debate entre conciliaristas y monárquicos. Entre las grandes voces de esta controversia en Castilla figuran algunos teólogos (Juan de Cervantes, Alfonso de Madrigal, Juan Alfonso de Segovia, Juan de Torquemada), algunos canonistas (Juan Alfonso de Benavente, Juan González de Sevilla, Juan Alfonso de Mella) y algunos civilistas (Alfonso de Cartagena, Juan de Carvajal y Rodrigo Sánchez de Arévalo). Para una

que él sabe libre para tomar sus propias decisiones, y al que tiene por el mejor de los gobernantes posibles. En este sentido, el *Libro del regimiento de los señores* puede estar destinado a permitirle descubrir a don Álvaro su propio potencial, para que pueda llegar a ser lo que Dios le tenga destinado⁵⁸. Resulta difícil no relacionar la excelencia del privado con el abandono gubernativo sin precedentes por parte de Juan II a lo largo de su reinado⁵⁹, pero tal abandono tiende a reforzar su poder soberano, acercándole a su paradigma, o sea, a esta posibilidad que tiene de quedarse suspenso⁶⁰.

La recuperación

Juan II muere poco tiempo después que su privado. Enrique IV no pone realmente en tela de juicio un régimen de privanza que ha sido llevado hasta su paroxismo por don Álvaro de Luna. El rey intenta incluso estabilizarlo de algún modo, mediante *contratos de privanza* que convierten en poder *de jure* el poder *de facto* ejercido por unos Grandes-privados hechos *especiales servidores*⁶¹. Pero esta vía de resorción contractual de la privanza se agota a partir de la primevara de 1464, momento en el que algunos Grandes apuestan de nuevo por el golpismo⁶². Tras la guerra civil, la pacificación del reino impone el entendimiento de las partes enfrentadas, y estas intentan alcanzar un compromiso aceptable durante las Cortes. Entre enero y abril de 1469 las Cortes se reúnen en Ocaña, la cabecera de una Orden de Santiago que controla Juan Pacheco, gracias al maestrazgo concedido por el anti-rey Alfonso y confirmado luego por Enrique IV. Por boca del arzobispo Fonseca, quien ha vuelto también al gobierno, el rey habla en primer lugar, y comenta a las ciudades su *pesar e sentimiento* para que le ayuden a encontrar algún *rreparo e rremedio* a los *males e dannos pasados*⁶³. Evidentemente, las ciudades, al menos las once que han respondido a la convocatoria, aceptan colaborar, pero aprovechan la ocasión para decirle al rey lo que esperan del Rey⁶⁴. Y es en este contexto cuando la figura de Moisés y el consejo de Jetró surgen nuevamente, recuperados por unas ciudades que

síntesis sobre esta cuestión véase Adeline RUCQUOI, «Démocratie ou monarchie Le discours politique dans l'université castillane au XV^e siècle», en Nilda GUGLIELMI et Adeline RUCQUOI (coords.), *El discurso político en la Edad Media*, Buenos Aires, 1995, pp. 233-255.

⁵⁸ Llevado por la estructura misma de la obra (ver los comentarios de la editora del *Libro del regimiento de los señores*, ob. cit., pp. 195-213), este movimiento ha de ponerse en relación con la teoría educativa que san Agustín enuncia en su *De magistro* (SAN AGUSTIN, *De magistro*, Bernard JOLIBERT trad. y ed., París, 1993) [Hay traducción al español en *Obras Completas de San Agustín*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1946].

⁵⁹ Véase en este sentido el retrato en términos tajantes que realiza del rey Fernán PÉREZ DE GUZMÁN, *Generaciones y semblanzas*, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, t. II (*Biblioteca de Autores Españoles* 68), Madrid, 1953, pp. 712-715.

⁶⁰ Giorgio AGAMBEN, *Homo Sacer I. Le pouvoir souverain et la vie nue*, París, 1997, pp. 55-56.

⁶¹ François FORONDA, «Vers un gouvernement *de jure* dans la Castille du XV^e siècle: les contrats de privanza d'Henri IV de Trastamare», en François FORONDA y Ana Isabel CARRASCO MANCHADO (dir.), *Du contrat d'alliance au contrat politique. La péninsule Ibérique à la fin du Moyen Âge*, Tolosa, 2006 (en prensa).

⁶² François FORONDA, «S'emparer du roi», art. cit.

⁶³ Ocaña, 1469 (CLC, III, pp. 766-767).

⁶⁴ Estas ciudades son Burgos, León, Zamora, Toro, Salamanca, Segovia, Ávila, Soria, Valladolid, Cuenca y Madrid; faltan las ciudades andaluzas (Sevilla, Córdoba, Jaén), así como Murcia, Toledo y Guadalajara. Sobre las Cortes de Ocaña, véase los trabajos de César OLIVERA SERRANO, *Las Cortes de Castilla y León y la crisis del reino (1445-1474). El registro de Cortes*, Burgos, 1986, pp. 122-152.

vienen ensayando su arte del sermón político al menos desde principios de los años 1440⁶⁵.

En Ocaña, las ciudades no dudan en querer meterse en los grandes asuntos, preocuparse por los principales órganos de gobierno, es decir la Audiencia y el Consejo, y por el reino, este cuerpo dolorido que el rey, en opinión de las ciudades, no ha sabido cuidar con esmero. Por tanto, los procuradores se olvidan de la distinción que hacían antaño entre el servicio real y el bien común, abogando más bien por diferenciar dos ámbitos de administración, central y local, e intentar intervenir en cada uno⁶⁶. Entonces, los procuradores se conciertan a juzgar por las actas de las Cortes⁶⁷, revisan quizá la ordenanza de creación del Consejo real, en la que pueden leer el sermón de Juan I y su mención al consejo de Jetró, a menos que un procurador letrado haya leído previamente el *Regimiento de los señores*, en donde

⁶⁵ Desde un punto de vista estrictamente discursivo, el sermón de 1469 tiende a prolongar la petición presentada por los procuradores en las Cortes de Valladolid (1440), por la que le reclaman al rey que actué a favor de la pacificación del reino. En esta ocasión los procuradores, buenos tomistas, recuerdan a Juan II que él debe ser un agente de cohesión y que es rey precisamente para realizar esta misión («asy commo el rrey o prinçipe o otro qual quier soberanno sennor [...] es tenuto e obligado segunt Dios e rrazon, tabajar, procurar con todas sus fuerzas [...] quitar de los rregnos e pueblos que por Dios les son encomendados, todas discordias e inconuenientes e los traer e rreduzir atoda vunidad concordia e paz, vsando non sola mente delas muy altas virtudes dela justiçia e prudençia, mas avn eso mesmo de la misericordia, e non menos dela loable paçiençia [...] todo esto afyn que la cosa publica sea rregida en toda buena poliçia e gouernada e sostenida en verdat e justiçia [...] commo prinçipalmente para esto fazer e administrar e rregir lo puso e estableçió por prinçipe e rrey de sus gentes»). Sin entrar en detalles, los procuradores desarrollan su razonamiento aludiendo a las leyes, la historia, el sentido común («actoridades delas leyes diuina e vmana e las otras escripturas e ystorias autenticas e asi mesmo la rrazon natural [...] mas avn la espiriençia»), así como a una experiencia extranjera, hablando del triste estado en el que se encuentra el reino de Francia («lo ha mostrado e muestra muy clara e abiertamente, ca por pecados esto se ha practicado e paresçe ante uestros ojos por manifesto enxemplo, espeçialmente en el notable e magnifico rregno de Françia»). En fin, para hacer comprender mejor a Juan II el sentido de su denuncia, los procuradores, aprovechan la semana santa que les reúne, para demandar al rey que siga los pasos de Cristo, de su encarnación, es decir que se rebaje como Él para procurar la paz a su pueblo («pedimos por merçet en este tienpo que al presente estamos por la muy sagrada pasion de nuestro sennor Ihesu Christo [...] que asi commo catolico prinçipe e cristianisymo rrey siguiendo sus pisadas e tomando su santa doctrina e enxemplo dél, el qual por su infinita clemençia, quiso desçender de las muy altas sillars reales e se omillar e abaxar a tomar carne vmana e sofrir trabajos e al fyn rresçebir muerte en quanto ome por salud del linaje vmanal, vuestra rreal magestad [...] quiera por seruicio suyo e vuestro e por salud de vuestros pueblos [...] condesçender e se inclinar con toda clemençia, paçiençia e benignidad adar e procurar paz, vunidad e concordia en vuestros rregnos»). Prosiguiendo su argumento, los procuradores entran en una suerte de casuística por la que tratan de distinguir el bien común del servicio al rey para, finalmente, concluir con su derecho a intervenir en cada uno de estos ámbitos («Muy esclareçido rrey e sennor, muchas petiçiones son fechas por los procuradores de las vuestras çibdades e villas [...] pero entre ellas es vna diferençia, que algunas dellas son vuestro seruicio, pero primera e prinçipal mente son bien e prouecho comun de vuestras çibdades e villas, e despues por eso mismo vuestro seruicio, asi commo las cosas que acatan al buen rregimiento e justiçia delas dichas çibdades [...] e las otras son bien e prouecho comun de vuestras çibdades e villas, pero primera e prinçipal mente son conplideras a vuestro seruicio, asi commo aquellas que fablan en lo que toca avuestra fazienda, e al acreçentamiento de vuestras rrentas e ala buena administraçion dellas e ala justiçia dela vuestra corte e chancelleria, e ala buena ordenança de vuestro muy alto Consejo e de vuestra casa real; e por eso mesmo despues cumple al bien e prouecho comun de vuestras çibdades e villas. E muy alto sennor, çerca de todas estas cosas, vnas e otras pertenesçen alos procuradores de vuestras çibdades e villas suplicar e instar e rrequerir omill mente a vuestra alteza»), Valladolid, 1440, CLC, III, pp. 369-371 y 389.

⁶⁶ Después de 1440, esta distinción es reiterada a menudo, ver Burgos, 1453; Córdoba, 1455; Toledo, 1462 (*ibid.* pp. 642-643, 676-677 y 701-702).

⁶⁷ «Acordamos de mirar e platicar entre nos otros para que el fruto del dicho vuestro santo proposito alcançemos sobre qué cosas deuriamos suplicar avuestra alteza que proueyese» (Ocaña, 1469, *ibid.* p. 767).

fray Juan esbozaba el perfil del mejor gobernante posible. Y el resultado de tal concierto es un sermón que teólogos, canonistas y civilistas parecen haber redactado conjuntamente.

Documento 3

Muy poderoso sennor, somos çiertos que vuestra alteza, asy por la espiriençia commo por lo que ha leydo, tiene verdadera notiçia que toda muchedunbre es materia o causa de confusion e dela confusion viene la disension por la pluralidad de los que contienden, e por esto fueron los homes costrennidos por nesçesidades de ensennorear entre muchedunbre e congregaçion dellos a vno quelas disensiones concordase o por mandado de superioridad las departiese e por su dicho de aqueste fuesen rregidos, y por que su ofiçio era rregir, conuenible cosa fue que se llamase rrey; delo qual se sigue que el ofiçio del rrey asy por su primera ynvençion commo por su nonbre era rregir, y ha se de entender, bien rregir, por que el rrey que mal rrige no rrige, mas disipa; sigue se que pues quitar e determinar quistiones y dar a cada vno lo suyo es ofiçio de rrey e este tal exerçiçio se llama iustiçia, commo quiera que enlos rreyes se suele hallar linaie dignidad potençia honor e rriqueza e deleytes, pero no lo llamó esto el decreto ser propio delos rreyes, mas dixo, propio es alos rreyes hazer juyzio e justiçia e por el exerçiçio de aquesta prometió Dios por boca de su propheta alos rreyes, perpetuydad de su poder primero y en persona de aquesta tan poderosa e virtuosa virtud dezia el sabio: por mi los rreyes rreynan; e pues muy poderoso sennor, sy por esta los rreyes rreynan, concluyen se que vos soys rrey para hazer esta, rreynays y asy bien se puede afirmar que vuestra dignidad rreal, cargo tiene y a cargoso trabajo es subieta, e vuestro cargo es que mientras vuestros subditos duermen vuestra alteza vele guardando los, y su meresçenario soys pues soldada desto vos dan vuestros subditos parte de sus frutos e delas ganancias de su yndustria, y vos siruen con sus personas muy ahincada mente alos tienpos de vuestras nesçesidades por vos hazer mas poderoso par que rreleuedes las suyas e quiteys sus vexaçiones, pues mire vuestra alteza si es obligado por contrato callado alos tener y mantener en justiçia e considere de quanta dignidad es çerca de Dios aquesta virtud deyfica, ca Dios se yntitula en la sacra escriptura juez iusto, y mas considere vuestra sennoria que commo quiera que se llame por el psalmista, misericordioso, nunca tomó título dela misericordia sin quelo tomase junto con justiçia o verdad que son hermanas, que tanto son semejantes que solo el nombre las distingue, pues la justiçia tanto es amiga de Dios, bien se puede afirmar que el ministro de ella gran amigo es suyo, e joya es la justiçia que no la fia sino de sus amigos o alo menos delos executores de su voluntad, y mire vuestra sennoria quela justiçia que en aquel ydolatra Trajano fue hallada ynclinó a Dios por rruego de san Gregorio a rreuelar le la pena ynfernal, lo qual no se halla que dannado alcançase por otra virtud que ouiese, y en tanta estima la tiene Dios que aquel su uerdadero amigo y seruidor Moysen en sennal de grand confiança y queriendo le ennobleçer, ofiçio de juzgado le dio e juez lo constituyó diziendo le, juzgarás mi pueblo; pero por quela carga del juzgado es grande y el que tiene el çetro dela justiçia ha menester quien le ayude, fue nesçesario que el rrey buscasse ministros dela justiçia ynferiores a el, entre los quales rrepartiese sus cargos quedando para el la jurisdiccion soberana, y el buen rrey tales ayudadores para su cargo deue buscar commo los buscaua el sobre dicho Santo por consejo de su suegro quando le dixo, escoje varones prudentes temientes a Dios que tengan sabiduria e aborrescan avariaçia. Y desta lumbr e alumbrados el sennor Rey don Enrique el viejo de gloriosa memoria vuestro progenitor y los otros sennores rreyes sus subçesores vuestros progenitores buscaron juezes que tuviesen sus vezes en el rreyno alos quales pusieron nonbre oydores, por enxenplo de

aquellos que en el sacro palacio apostolico oyen e determinan las causas, y del ayuntamiento destos se halló el nonbre de audiençia, la qual despues de su fundamento bien se muestra ser casa de justiçia, quela sabiduria edificó sobre las siete colupnas que ella cortó según dize el Sabio, y es de creer que esta audiençia fue fundada sobre piedra firme pues combatida y lonbardeada por algunas niglignçias o ynjustiçias delos rreyes sus fundadores e por ministros idiotas o maliçiosos e por denegamiento de sus estipendios e por aborresçimiento e menospreçio dela justiçia nunca del todo se ha podido perder, en tanto que alo menos avn que sin tejado e sin paredes siempre paresçen ende los fundamentos, conbidando a vuestra alteza de cada dia ala reedificaçion dellos, zelee y ame pues vuestra alteza la justiçia, por que si esta ama, será çierto que oyrá quando mas menester le fuere lo que dizia el profeta: amaste la justiçia e aborresçiste la maldad, por eso te vngio Dios et cetera⁶⁸.

Los procuradores no dudan que el rey, en razón de su *prudencia regnativa*, fundada sobre la experiencia y las lecturas, tiene ya *verdadera notiçia*⁶⁹ de sus aspiraciones. Sin embargo, por desconfianza quizá, prefieren expresarse de la forma más clara posible, y le recuerdan algunos de los fundamentos del oficio real⁷⁰. Para ello, retoman a santo Tomás (*De regno* I, 1, 2) y le informan en consecuencia de que su poder procede de la *naturalis necessitas*, al ser inmanente a este cuerpo social que él tiene por misión de agregar, de convertir, desde la base de una *multitudo dispersa*, en una *multitudo consociata*⁷¹. A continuación, los procuradores, siguiendo en esto a santo Tomás, recurren a las fórmulas de san Isidoro -*rex a regendo y recte agendo* (*Etymologiae* IX, 3; *Sententiae* III, 48, 7)- con el fin de inscribir el oficio de rey en el orden ético del *regimen*⁷². En consecuencia, al rey le corresponde resolver las *quistiones* y dar a cada uno lo que le pertenece, es decir hacer justicia, tarea, -se trata más bien de un lugar común-, que es propia del rey, no así como el linaje, la dignidad, el poder, el honor, la riqueza y los placeres⁷³. El rey juzga, por eso es rey según el Decreto, y por eso Dios le mantiene en su estado, respetando su promesa

⁶⁸ *Ibid.* pp. 767-769.

⁶⁹ Según santo Tomás, la *prudencia regnativa* requiere del conjunto de las facultades intelectuales, en particular de la memoria y de la capacidad de deducción (ver nota 56).

⁷⁰ En efecto, la desconfianza se expresa abiertamente cuando los procuradores declaran que el «deseo dela mayor parte de todos vuestros subditos e naturales es prinçipal mente conosçer por obra esto que por vuestra parte nos fue dicho» (Ocaña, 1469, CLC, III, p. 766). Podría verse en la expresión la *mayor parte*, una alusión a la soberanía popular, como continuación de la *valentior pars* de Marsilio de Padua. Sobre este punto, ver Mario TURCHETTI, *Tyrannie et tyrannicide de l'Antiquité à nos jours*, París, 2001, pp. 280-282.

⁷¹ Sobre la *naturalis necessitas*, ver los comentarios de Michel SENELLART, *Les arts de gouverner*, ob. cit., pp. 162-169.

⁷² *Ibid.* pp. 65-90; Philippe BUC, *L'ambigüité du Livre*, ob. cit., pp. 258-272.

⁷³ En realidad, los procuradores de los Concejos afirman esta obligación real desde los años 1440. En 1447, por ejemplo, cuando recuerdan a Juan II que él sabe bien ser «obligado e encargado a fazer e administrar la justiçia de vuestros rregnos» (Valladolid, 1447, CLC, III, p. 524). En 1453, cuando los procuradores recuerdan la metáfora organicista y dicen ante Juan II que «por la virtud de justiçia se sostienen e son gouernados los pueblos en el estado que deuen, la qual sennalada mente el rrey es tenuto de guardar e mantener, entre todas las cosas que Dios le encomendó, por el estado e lugar que del ha en la tierra, e por que quiso que fuese prinçipe e cabeça de sus rregnos, e así como por la cabeça se rregirian e gouernarian todos los miembros corporales, así el rrey deue con grand diligencia e pensamiento buscar manera por do sus pueblos sean rregidos en paz e en justiçia» (Burgos, 1453, *ibid.* p. 642). En los dos casos, los procuradores se contentan con utilizar los argumentos que la cancillería no cesa de servir a los Concejos desde la segunda mitad del siglo XIV.

hecha antaño a David (*Salmos* 132, 11-12), para que administre la justicia que él le ha confiado al hacerle reinar (*Proverbios* 8, 15)⁷⁴.

Tras este primer recordatorio, que puede difícilmente disgustarle al rey dado que se refiere a autoridades al fin y al cabo con frecuencia manejadas por la propia propaganda monárquica, los procuradores sacan una conclusión más sorprendente, en todo caso hasta ahora nunca enunciada con tanta nitidez en el marco de las Cortes: el rey no es más que un mercenario, al que se le paga para que vele por su pueblo mientras duerme; un mero contratado en suma, que está obligado a servir a esta comunidad política que los procuradores pretenden representar y en cuyo nombre hablan⁷⁵. ¿Tienen estos entonces en mente las consideraciones de Alberto Magno o de Baldo sobre el *rex exsomis et vigilans*⁷⁶? ¿Acaso piensan en las noches sin sueño que Álvaro Pelayo atribuía a Alfonso XI para glorificar el combate que libraba contra los moros⁷⁷? ¿O están los procuradores simplemente recordando otro salmo: «No dormita ni duerme aquel que guarda Israel» (*Salmos* 121, 4)? En todo caso, los procuradores ruegan al rey que respete la letra del *contrato callado*, y por tanto inmanente, que le liga a sus súbditos, en función del cual recibe *parte de sus frutos e delas ganancias de su yndustria*, a cambio de la obligación de *tener-los y mantener-los en justicia*⁷⁸. El llamamiento es un aviso dirigido a Enrique IV, sin perjuicio de una dignidad real cuya necesidad es reconocida por los procuradores.

⁷⁴ La referencia al decreto parece demasiado genérica y remite a la cuestión del rey como *iustitia* y *lex animata*, una idea que aparece ya en 1442, cuando los procuradores recuerdan que la ley escrita queda como letra muerta, si la ley viva no la defiende ni le da vigor («ca la ley escripta sy la ley biua non la defiende e executa, escriptura muerta es») (Valladolid, 1442, *ibid.* p. 444). Véase las reflexiones d'Ernst KANTOROWICZ, *Les Deux Corps du Roi. Essai sur la théologie politique au Moyen Âge*, París, 1989, pp. 80-144; Gaines POST, «Ratio publicae utilitatis, ratio status et «raison d'État» (1100-1300)», en Christian LAZZERI et Dominique REYNIE (dirs.), *Le pouvoir et la raison d'État*, París, 1992, pp. 13-90; así como mis comentarios en «La privanza, entre monarquía y nobleza», art. cit., pp. 121-124.

⁷⁵ Sobre este punto, ver Remedios MORÁN MARTÍN, «Alteza... Merçenario soys. Intentos de ruptura institucional en las cortes de León y Castilla», en François FORONDA, Jean-Philippe GENET y José Manuel NIETO SORIA (dirs.), *Coups d'État à la fin du Moyen Âge, op. cit.*, pp. 93-114. La idea de un contractualismo gubernativo puede provenir de tesis conciliaristas defendidas sobre todo, aunque no sólo, por los canonistas de Salamanca. Otras posibilidades a mencionar son el pactismo aragonés o el régimen de podestá de las ciudades italianas. Pero es importante señalar que el rey mismo ha podido dar la impresión de volverse un mercenario, al demandar a las ciudades servicios extraordinarios, a fin de compensar el declive de sus rentas ordinarias desde principios del siglo XV, en particular en los años 1430 (Miguel Ángel LADERO QUESADA, «Fiscalidad regia y génesis del Estado en la corona de Castilla (1252-1504)», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, 4 (1991), pp. 99-103).

⁷⁶ Ernst KANTOROWICZ, *Les Deux Corps du Roi*, ob. cit., pp. 422, 424 y 427-428.

⁷⁷ «Ipsi dormiunt et dormitant; tu noctes ducis insomnes, ut mater tua Ecclesia augeatur et quiete uiuat (in *Authentica, Vt iudices sine quoquo suffragio fiant*, in principio Collationis II; extra *De restitutione spoliarii*, *Frequens*, Libri VI; et in prohemio Libri VI)», (Frei Álvaro PAIS, *Espelho dos reis*, Miguel PINTO DE MENESES ed. Lisboa, 1955, vol. I, pp. 22-23).

⁷⁸ Aunque desembarazada de las imágenes tradicionales de la cabeza, el corazón o el estómago, la concepción que tienen los procuradores de las ciudades del *contrato callado* revela una concepción organicista de la comunidad política. Para algunas reflexiones y ampliación de esta cuestión ver los artículos de Hélène MILLET, «Entre l'Église et l'État: l'image du corps», en Maria Helena DA CRUZ COELHO y Armando Luís DE CARVALHO HOMEN (coords.), *A Génese do Estado Moderno no Portugal Tardo-Medieval (séculos XIII-XV)*, Lisboa, 1999, pp. 371-410; y de Laurence HARF-LANCNER, «Les Membres et l'Estomac: la fable et son interprétation politique au Moyen Âge», en Dominique BOUTET y Jacques VERGER (eds.), *Penser le pouvoir au Moyen Âge (VIII^e-XV^e siècles). Études d'histoire et de littérature offertes à Françoise Autrand*, París, 2000, pp. 111-126.

En consecuencia, los procuradores invitan al rey a hacer de Rey; le recuerdan esta pareja primordial del *modus agendi* monárquico que forman misericordia y justicia⁷⁹; y le proponen que medite sobre el ejemplo de Trajano, salvado por san Gregorio de las penas del Infierno (Johannes Diaconus, *Sancti Gregori Magni Vita* II, 44; Juan de Salisbury, *Policraticus* V, 8). Luego se detienen en el consejo de Jetró, que ellos piensan estar relacionado con la creación de la Audiencia por Enrique II de Trastámara en 1371, dando muestra pues de ser mejores sermoneadores que archiveros. Sin embargo, el desliz no es fortuito. En efecto, los procuradores piensan que a la Audiencia le corresponde la administración de justicia, y no al Consejo, que consideran dominado por los Grandes⁸⁰. Así pues, se expresa una jerarquía alternativa entre los órganos del Estado. Y al aludir a *don Enrique el viejo de Gloriosa memoria* en lugar de Juan I y su ordenanza de 1385, los procuradores reavivan el recuerdo del fundador de la dinastía, de la que procede Enrique IV, lo cual les permite recordar el verdadero origen del *contrato callado* que existe entre los Trastámara y el reino desde la muerte de Pedro el Cruel. Dicho de otra manera, el consejo de Jetró toma retrospectivamente el valor de un pacto de gobierno fundacional que los Trastámara no siempre han respetado, provocando la ruina de esta *casa de justiçia* que es la Audiencia, y que los procuradores piensan que fue concebida sobre el modelo del Sagrado Colegio.

El sermón de los procuradores es una llamada al orden y, al mismo tiempo, el primer acto de una restauración, de una reedificación a partir de los siete pilares de la Sabiduría que ellos consideran aún intactos (*Proverbios* 9, 1), de los cuales se erigen en guardianes⁸¹. De ahí el consejo de Jetró, para decir al rey que debe elegir *varones prudentes temientes a Dios que tengan sabiduria e aborrescan avaricia*, a diferencia de esos *ministros idiotas o maliçiosos* que han provocado la ruina de la *casa de justiçia*. El principio de delegación gubernativa no se pone en tela de juicio, solamente sus beneficiarios. Para terminar, los procuradores se muestran tranquilizadores, invitando al rey a amar la justicia por encima de todo, y le dicen que entonces escuchará de nuevo cómo resuena la voz del Profeta: «Tu amas la justicia y aborreces la maldad, porque el Señor, tu Dios, te ha ungido con el óleo de alegría, de entre tus compañeros» (*Salmos* 45, 8). Las actas de Cortes no dicen nada sobre los verdaderos autores de esta última promesa de felicidad. Pero tantos resortes de la propaganda monárquica puestos juntos invitan a suponer un acercamiento entre los procuradores de las ciudades y los oficiales del rey -¿pero no es precisamente lo que ha potenciado la monarquía desde principios del siglo XV para hacerse con el control de la representación ciudadana?⁸²-, en particular aquellos que se han

⁷⁹ Sobre la pareja misericordia-justicia, ver Philippe BUC, «Pouvoir royal et commentaires de la bible (1150-1350)», *Annales E.S.C.*, 3 (1989), pp. 691-713.

⁸⁰ De nuevo, el sermón de 1469 es la continuación de las reivindicaciones de los años 1430-1440, en particular de la petición que los Concejos hacen a Juan II en las Cortes de Valladolid para que se remitan a la Audiencia y a la Cancillería el conjunto de casos civiles y criminales, porque «sabrà vuestra muy alta sennoria que de traher los pleytos avuestro Consejo se siguen muchos inconuinientes e dannos que dexamos agora de dezir, e se dirán si nesçesario fuere e vuestra sennoria lo mandare» (Valladolid, 1440, CLC, vol. III, p. 383).

⁸¹ Este deber de defensa se expresa en el mismo momento en el marco de las *Hermandades* (José Luis BERMEJO CABRERO, «Hermandades y comunidades de Castilla», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 58 (1988), pp. 277-412; José Manuel NIETO SORIA, «Fragmentos de ideología política urbana en la Castilla bajomedieval», *Historia medieval. Anales de la Universidad de Alicante*, 13 (2000-2002), pp. 203-229).

⁸² Salustiano DE DIOS, «La evolución de las Cortes de Castilla durante el siglo XV», en Adeline RUCQUOI (coord.), *Realidad e imágenes del poder. España a fines de las Edad Media*, Valladolid, 1988, pp. 137-169. El proceso culmina bajo el reinado de Enrique IV con lo que César Olivera Santos

colocado en primer plano del escenario con la deserción cortesana de los Grandes durante el cisma monárquico, y que temen ser relegados con su regreso⁸³. Enfrentados a esta revuelta de los que podríamos llamar los pequeños y medianos del Estado monárquico, los Grandes se vuelven conciliadores. El 25 de abril, se comprometen en hacer que el rey responda a todas las peticiones, y aceptan que algunos procuradores ocupen un sitio junto a ellos en la mesa del Consejo⁸⁴.

Sin embargo, la verdadera respuesta al sermón de los procuradores en Ocaña se produce siete años después. La escena política castellana ha cambiado considerablemente por entonces. Isabel, a la que las Cortes de Ocaña se habían olvidado de jurar como princesa heredera, se ha casado con su primo, Fernando de Aragón, en 1470. La hipoteca aragonesa, que tanto había pesado sobre el trono castellano desde los años 1420, se encuentra así pues resuelta. Isabel ha conseguido el apoyo de los Mendoza en 1473, y ha logrado ser proclamada reina en diciembre de 1474, inmediatamente tras la muerte de Enrique IV. Por su parte, la hija de Enrique IV, doña Juana, aunque jurada como heredera en 1470, queda en manos del nuevo marqués de Villena, don Diego Pacheco, que no reacciona al golpe de Estado de Isabel. Y cuando doña Juana es proclamada reina en 1475, junto a su esposo Alfonso V de Portugal, también su tío, es ya demasiado tarde. El acercamiento entre el partido aragonés y los Mendoza confina al partido portugués a la oposición; a

llama la «funcionarización de las Cortes» (César OLIVERA SERRANO, *Las Cortes de Castilla y León*, ob. cit., p. 13).

⁸³ El arsenal referencial del sermón de Ocaña ha de ser relacionado con el empleado por Diego Enríquez del Castillo en su crónica, aunque no se pueda atribuirle la autoría. Tras unos estudios de teología cursados en la Universidad de Salamanca, el *licenciado* Enríquez del Castillo logra colocación en la Capilla del príncipe de Asturias y después en la Capilla real, cuando Enrique IV se convierte en rey. En 1460, Enrique IV le nombra cronista real, después le admite en su Consejo, alrededor de 1461-62, cuando se gesta el giro gubernamental a favor de don Beltrán de la Cueva y de los Mendoza. Durante la guerra civil, Enríquez del Castillo permanece fiel a Enrique IV y trabaja para reforzar el partido legitimista, como testimonian sus relaciones privilegiadas con la *Hermandad*. De hecho, Enrique IV le encarga redactar el sermón («*Dado vos es poderío de Dios...*»), Diego ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *Crónica de Enrique IV*, Aureliano SÁNCHEZ MARTÍN ed., Valladolid, 1994, pp. 260-262) que dirige por carta a la junta general de Tordesillas (1466). Portavoz del rey ante la *Hermandad*, Diego Enríquez del Castillo se convierte en portavoz de ésta ante Enrique IV al año siguiente, para que abandone el plan de pacificación propuesto por el arzobispo Fonseca. Ante la negativa de Enrique IV, Diego Enríquez y algunos otros, como los capitanes de la *Hermandad*, sublevan al pueblo madrileño para impedir la marcha del rey (*ibid.*, pp. 267-270). Para este grupo de «*servidores leales*», dominado por los oficiales del rey y en estrecha relación con la *Hermandad*, la liberación preventiva de Madrid es sin ninguna duda una manera de evitar un acercamiento del que temen ser las primeras víctimas políticas (sobre el autor, además de la introducción de Aureliano Sánchez Martín en su edición del texto, véase su artículo «Diego Enríquez del Castillo. Crónica de Enrique IV», en Carlos ALVAR y José Manuel LUCÍA MEGÍAS (dirs.), *Diccionario filológico*, ob. cit., pp. 432-445; y las observaciones esenciales de José Luis BERMEJO CABRERO sobre el perfil político del cronista en «Las ideas políticas de Enríquez del Castillo», *Revista de la Universidad de Madrid*, 22, 86 (1973), pp. 61-78; sobre la liberación preventiva de Madrid en 1467, véase mi artículo «S'emparer du roi», art. cit., pp. 223-224 y 240-241). Es de notar por otra parte que Rodrigo de Morales, un destacado miembro de la oligarquía soriana, también vassallo de Enrique IV, muy vinculado a los Mendoza y acusado por Alfonso de Palencia de ser responsable de la sublevación madrileña de 1467 -con Diego Enríquez del Castillo, Juan Guillén, Martín de Sepulveda, Martín Galindo, Peñalosa, Alfonso de la Serna, Álvaro de Taboada, Fernando Silva y un tal *Sanguinis dulcis* (Alfonso de Palencia, *Gesta hispaniensia ex annalibus svorum diervm collecta*, Brian TATE y Jeremy LAWRENCE ed., Madrid, 1999, t. II, p. 412)-, participa en las Cortes de 1469 como procurador de Soria (César OLIVERA SERRANO, *Las Cortes de Castilla y León*, ob. cit., p. 148; Máximo DIAGO HERNANDO, *Estructuras de poder en Soria a fines de la Edad Media*, Valladolid, 1993, pp. 84, 93, 99, 168, 178, 194, 198, 233, 275 y 276).

⁸⁴ César OLIVERA SERRANO, *Las Cortes de Castilla y León*, ob. cit., documentos 65 y 66, pp. 332-335; Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Enrique IV de Castilla*, pp. 420-427.

pesar de la adhesión de Alfonso Carrillo, desilusionado por el espíritu de independencia que manifiestan Isabel y Fernando. El 1 de marzo de 1476, en Toro, las tropas de Alfonso V se batían en retirada frente a Fernando, que se declara vencedor. Al mes siguiente, cuando los reyes reúnen las Cortes en Madrigal de las Altas Torres, la pacificación está prácticamente terminada, alcanzada mediante una política que consiste en garantizar a los Grandes el disfrute y la perennidad de sus *estados*, a cambio de la restitución por éstos, pero con compensación económica, de lo logrado tras 1464. A la llamada de los reyes responden los procuradores de dieciséis ciudades. Prácticamente todos son antiguos partidarios de Isabel⁸⁵. Así que no debe sorprender ver a estos procuradores, a diferencia de lo ocurrido en 1469, hablarle a los reyes en un tono más moderado.

Es en este escenario ya apaciguado cuando el Rey responde realmente a la denuncia de 1469, y lo hace con un discurso cuyas referencias han sido profundamente renovadas por la Cancillería⁸⁶. Del sermón de los procuradores en Ocaña, el ordenamiento de Madrigal sólo conserva la cita de los *Proverbios* (*Prov.* 8, 15). Y las referencias al Antiguo Testamento quedan reducidas a un mero recuerdo del libro de la *Sabiduría* (*Sab.* 1, 1). Porque en esencia, el discurso bebe en las enseñanzas dirigidas por san Pablo a las iglesias que había fundado, en particular su

⁸⁵ Sobre las *Cortes* de Madrigal, ver Juan Manuel CARRETERO ZAMORA, *Cortes, Monarquía, ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)*, Madrid, 1988, pp. 131-141.

⁸⁶ «En el nombre de Dios padre hijo spiritu sancto, que son tres personas vn solo Dios verdadero, que biue e rreynan por siempre sin fin, e de la gloriosa uirgen sancta Maria su madre. Porque segun dize el apostol: A todos los que aman a Dios todas las cossas suçeden bien [*Rom.* 8, 28], y este amor ha de estar en el coraçon del home por la afeçion y ha se de mostrar de fuera por las obras, siruiendo cada vno adios en aquella prophesion y estado en que le llamó y le puso [*Rom.* 12]. E tanto mayor quiere el seruiçio de su criatura quanto mas poder le dio en la tierra para bien obrar con el. E por esto dezia el mismo que aquel a quien mas da mas le sera demandado [*Lc.* 12, 48]. Y como el hizo sus vicarios a los rreyes en la tierra e les dio gran poder en lo temporal, cierto es que mayor seruicio auerá de aquestos e mas le son obligados que aquellos a quien menor poder dio. Y esta tal obligaçion quiere que le sea pagada en la administraçion de la iustiçia, pues para esta les prestó el poder. E para la exsecucion della les hizo rreyes e por ella rreynan, segun dize el sabio [*Prov.* 8, 15]. Por ende nos don Fernando e donna Isabel, por la graçia de Dios Rey e Reyna de Castilla, de Leon, de Toledo, de Seçillia, de Portugal, de Galizia, de Seuilla, de Cordoua, de Murçia, de Jahen, del Algarue, de Algezira, de Gibraltar, de Guipuzcoa, principes de Aragon e sennores de Uiscaya et de Molina. Conosçiendo que prinçipalmente esta adminsitraçion e execuçion dela iustiçia nos es encomendada por Dios en estos rreynos, y esta nos mandó amar por la boca del propheta, diziendo: amad la iustiçia los que iuzgays la tierra [*Sg.* 1, 1], deliberamos en el comienço de nuestro rreynar ofresçerle las primicias de nuestros fructos de la justia, inquiriendo sobre que cosa es nesçessaria la rreformaçion en nuestros rreynos para proueer sobrellas de manera que pudiessemos dar a Dios buena cuenta deste cargo que nos es encomendado para que aprovechasemos e meresçiesemos de él. Y para esto meior hazer, acordamos de enbiar mandar a las cibdades e villas delos dichos nuestros reynos que enbiasen a nos sus procuradores de Cortes, con los quales, despues fueron venidos, platicamos sobre ello. E a estos dimos cargo que penssasen e viesen las cossas que cumplan para reformaçion de la iustiçia e buena gouernaçion de los dichos rreynos. E sobre aquello nos diessen sus petiçiones porque sobrello nos, proueyesemos como viessemos que era conplidero a seruiçio de Dios e nuestro e pro e bien comun delos dichos nuestros rreynos. E los dichos nuestros procuradores, cunpliendo nustro mandado, pressentaron ante nos çiertas petiçiones. A las quales nos, con acuerdo del rreuerendissimo cardenal don Pedro de Mendoça, nuestro muy caro e muy amado primo, e de don Diego Hurtado de Mendoça, duque del ynfantadgo, marques de Santillana, nuetro tio e de don Garçia Aluarez de Toledo, duque de Alua, marques de Coria nuestro primo, e de don Alfonso Enrriquez nuestro tio e primo e nuestro almirante, e de don Rodrigo Alfonso Pimentel, conde de Benavente, e de los obispos de Auila e de Segouia, e de los otros viscondes e caualleros, rricos homes e letrados del nuestro Consejo que con nos estan en nuestra corte, nos rrespondimos disponiendo e ordenando al pie de cada vna petiçion lo que la nuestra merçed fue de estatuyr por ley en la forma siguiente [...]» (Madrigal, 1476, CLC, IV, pp. 1-2).

epístola a los Romanos (*Rom.* 8, 28; 12). Por consiguiente, los Reyes Católicos proponen una nueva pastoral monárquica, no dudando, para ello, en recordar las palabras de Cristo en el Evangelio de Lucas (*Lc.* 12, 48).

Pero tal desplazamiento hacia el Nuevo Testamento les permite volver al tema principal del sermón de Ocaña, es decir la idea de un contrato inmanente, pero triturándola para poder ingerirla. Mediante esta ingestión, la comunidad desaparece, como si estuviera atomizada; y sólo subsiste el hombre, es decir, una criatura retenida en la gracia de su creador, en el lugar que Este le asigna. En ese lugar, en su *prophesion* y *estado*, la criatura está obligada por la gracia que recibe, y ha de contestar obrando, con amor, en la justa medida de lo que Dios le otorga. Y porque Dios distingue a los reyes en su gracia, haciéndoles sus vicarios en la tierra, de ellos espera más que de otra de sus criaturas, particularmente un *servicio* que consiste en administrar la justicia, que es por lo que les hace reinar en definitiva. Así que ellos deben rendir cuentas tan solamente a Él, y podríamos añadir, de acuerdo con el Evangelio de Lucas (*Lc.* 12, 59), hasta el último céntimo, para demostrarle como ha sido empleada Su gracia.

Reprendido en 1469, el Rey responde en 1476 con una teología política de la gracia que le permite escapar al control de una comunidad del que no sería más que el mercenario en virtud de un *contrato callado*, pero que le responsabiliza absolutamente ante Dios⁸⁷. Así que si desea actualizar la relación de amor en la que se ve comprometido por Dios al otorgarle su gracia, el rey está condenado a sobrepasarse en su gobierno. Momento en el que se enuncia este programa de superación y eficacia gubernativa, las Cortes de Madrigal constituyen su primer desarrollo, en el que los reyes donan a Dios las primicias de su justicia. El diálogo político se convierte entonces en una suerte de acción de gracias (¿por la que este diálogo se ve des-politizado?), en la que todos participan por igual, pero de acuerdo, y en proporción, con su *prophesion* y *estado*⁸⁸. A los procuradores, que los reyes consideran prácticamente como suyos (*nuestros procuradores*), les corresponde proponer, cuando se les demande, las medidas que requieren la *rreformaçon* y la *buena gouernaçon* del reino. Y a los reyes les corresponde instituir la ley en respuesta (*nos rrespondimos disponiendo e ordenando al pie de cada vna petiçon lo que la nuestra merçed fue de estatuyr por ley*). Pero esta respuesta es la consecuencia de un acuerdo previo (*con acuerdo*) con los Grandes, cuya privanza tiende a resolverse en el parentesco ficticio, y con un vasto grupo de anónimos, *viscondes e*

⁸⁷ Como indicado con anterioridad, la formalización de esta teología política de la gracia se inicia con fray Juan de Alarcón quien insiste a la vez sobre el libre albedrío del gobernante y su responsabilidad abrumadora. Isabel la Católica puede haberla heredado mediante los antiguos servidores de don Álvaro de Luna, en particular otro Observante, fray Martín de Córdoba, que dedica a la Infanta Isabel su *Jardín de las nobles donzellas* en 1467 (sobre este tratado, véase particularmente Ana Isabel CARRASCO MANCHADO, «La toma del poder de Isabel I de Castilla: golpe a la legitimidad de Enrique IV», en François FORONDA, Jean-Philippe GENET y José Manuel NIETO SORIA (dirs.), *Coups d'État à la fin du Moyen Âge, op. cit.*, pp. 331-349). Conviene mencionar también la posible influencia de Gonzalo Chacón, muy impregnado por las ideas de Juan de Alarcón y Martín de Córdoba, nombrado mayordomo de la casa de Isabel en 1468 (Álvaro FERNÁNDEZ DE CORDOVA MIRALLES, *La Corte de Isabel I. Ritos y ceremonias de una reina (1474-1504)*, Madrid, 2002, pp. 59-62). A esta herencia lunista, muy marcada por la Observancia, se añade después la influencia esencial del confesor de la reina, el fraile jerónimo Hernando de Talavera.

⁸⁸ El dialogo político refleja así la *antidora*, digamos el contra-don actualizador, por resumir de manera muy parcial este concepto que usa Bartolomé CLAVERO para construir una antropología de la gracia (*Antidora. Antropología católica de la economía moderna*, Milán, 1991).

*caualleros, rricos homes e letrados del nuestro Consejo*⁸⁹. De forma que, del rey a los más pequeños, pasando por los Grandes, cada uno según *su* estado, se ve gubernativamente responsabilizado y atribuido un lugar en *un* Estado que normaliza, al menos por un tiempo, esta integración política.

Conclusión

Esta integración supone la alfabetización política de los actores. Es este proceso al que permite acercarse en definitiva la iteración del consejo de Jetró a Moisés a lo largo de los siglos XIV y XV. Su resultado es la producción de un idioma que comparten la Cancillería real, los oficiales del rey, los representantes de las ciudades, los universitarios y los directores de conciencia de unos gobernantes cada vez más numerosos⁹⁰. Y es sobre la base de este idioma gubernativo compartido sobre la que los miembros de esta sociedad política ampliada se ponen de acuerdo finalmente. Sin embargo, su diálogo y acuerdo exigen algunos ajustes. Como el error de pensar, en 1469, que el consejo de Jetró fue enunciado por Enrique III en 1371, cuando en realidad lo fue por Juan I en 1385. Pero en 1469, este ajuste narrativo apunta a la normalización de un relato fundacional cuya rememoración vivifica lo instituido⁹¹, lo revela también, al igual que este *contrato callado* que los procuradores estiman que tiene fuerza y vigor desde la instalación de los Trastámara en el trono. Otro ajuste se inicia también con el empleo del consejo de Jetró por parte de fray Juan de Alarcón en su *Libro del regimiento de los señores*. Se trata de la paternidad del reparto gubernamental establecido por Moisés que hace al autor dudar entre ver allí la ejecución de un mandato divino o la puesta en práctica del consejo de Jetró (documento 2 bis: *Asy commo, por mandado de Dios o por consejo de otro, fizo Moyssén [...]*). En vísperas de la nueva crisis política de las *Comunidades*, en las Cortes de Valladolid de 1518, los procuradores de las ciudades retoman parte del sermón de Ocaña de 1469 y se inclinan a favor de un mandato divino⁹², lo que tiende a sacralizar definitivamente el pacto fundacional de un gobierno compartido.

⁸⁹ El sistema de parentesco ficticio es instituido a favor de los Grandes por Carlos V después de su coronación imperial. Sobre el proceso de engrandecimiento que caracteriza la aristocracia castellana de la Baja Edad Media, véanse los estudios recientemente reunidos en M^a Concepción QUINTANILLA RASO (dir.), *Títulos, grandes del reino y grandeza en la sociedad política. Fundamentos en la Castilla medieval*, Madrid, 2006.

⁹⁰ Este proceso de alfabetización política o de difusión de la responsabilidad gubernativa afecta también a la nobleza como he podido indicar en algunos de mis trabajos ya citados («S'emparer du roi», «La privanza, entre monarquía y nobleza» y «Vers un gouvernement de jure»).

⁹¹ François OST, *Raconter la loi*, ob. cit., pp. 18-19.

⁹² «Y porque la carga del juzgado es grande, y el que tiene la vara y peso de la justicia a menester quien le ayude, fue y es nescesario quel Rey busque ministros de justicia ynferiores a él, entre los quales repartiese los cargos e oficios, quedando a su Alteza la suprema jurediccion, y el buen Rey a de buscar tales ayudadores quales los buscaba Moyses quando Dios le dixo: «Juzgarás mi pueblo, y escoge varones prudentes temientes a Dios, que tengan sabiduría e aborrezcan la codicia» (Valladolid, 1518, CLC, IV, p. 262). Para una comparación entre los textos de 1469 et 1518, véase Remedios MORÁN MARTÍN, «*alteza... merçenario soys*. Intentos de ruptura institucional», art. cit.